



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA

LA INFLUENCIA DE LA MASCULINIDAD TRADICIONAL
SOBRE EL VARÓN VIOLENTO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

ELIZABETH GARNICA OSORNIO

COMISIÓN DICTAMINADORA:

DRA. PATRICIA TRUJANO RUÍZ
DRA. ALEJANDRA SALGUERO VELAZQUEZ
DRA. PATRICIA ORTEGA SILVA

LOS REYES IZTACALA, TLALNEPANTLA
ESTADO DE MÉXICO

2005



IZTACALA



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



AGRADECIMIENTOS

A MIS ASESORAS PATRICIA TRUJANO, ALEJANDRA SALGUERO Y PATRICIA ORTEGA

Les agradezco su apoyo y dirección que me han brindado en la realización de esta tesis, y por haberme guiado y compartido su experiencia profesional en este trabajo.

A MIS PADRES AMANDO Y CELERINA

Los quiero mucho y les agradezco la oportunidad que me brindaron para obtener una carrera profesional. Los amo y espero que me vivan muchos años más.

A MIS HERMANOS AMANDO, LUIS, EDGAR Y KAREN

A quienes quiero mucho y siempre me han demostrado su amor y apoyo.

A LA FAMILIA LARA DE LOS SANTOS

A quienes durante estos nueve años he apreciado, ya que me brindaron su confianza y apoyo.



DEDICATORIA

Esta tesis te la dedico a ti Andrés Lara De Los Santos, ya que siempre has estado conmigo cuando más te he necesitado, con tu optimismo que te caracteriza, me has apoyado y me has impulsado ha terminar mi carrera, sobre todo cuando estuve apunto de desistir.

Contigo he aprendido que también algunos varones son hermosos y tiernos, que necesitan y pueden expresar sus sentimientos.

Te amo Andrés y espero que todos nuestros sueños los sigamos realizando juntos.

Gracias por formar parte de mi vida.

La mujer es, el hombre se hace

“A través del tiempo y en la medida que uno se va acercando a la muerte, se llega a comprender que hay por lo menos dos mundos: el que le pintan, le explican y le presentan a uno los padres, los maestros y la gente y el otro, el que uno va reconstruyendo. El tema, por ejemplo, de llegar a ser hombre es uno de esos que, en la inconsciencia de la niñez, nos parece de poca importancia, más cuando vemos el tiempo reflejado en el espejo de las dudas y de los golpes (el tiempo que ya pasó y que no podemos recuperar). De súbito nos damos cuenta de que la andadura ontogenética de cada macho humano es una “Vía Dolorosa” mucho más larga y torturante que la de Jerusalén. Por supuesto, parte del juego cimentado por el establecimiento es que cada hombre disimule su calle de amargura.

Recuerdo, como si fuera ayer, la voz de mi madre diciéndole a mi padre:

“A este hay que hacerlo hombre, lo meterás al cuartel”. Y a él aprobando y respondiendo lo siguiente: ¡Claro que lo haré! Allí lo convertirán en un verdadero macho”. Desde entonces la palabra cuartel me da verdaderas ganas de vomitar. Lo que ellos querían matar en mí, en nombre de la sociedad machista en que vivíamos y seguimos viviendo, era cualquier rasgo de debilidad o sensibilidad extremas.

Quería, ella, paradójicamente, asesinar toda la ternura que me había transmitido durante nueve meses en su vientre y durante nueve meses, también, junto a sus senos nutricios. Lo que feminiza a la mujer afemina al hombre y había que apartarlo de las muñecas (como si andando el tiempo yo no llegaría a ser padre) y en cambio ponerle un fusil en la mano, porque es parte de la virilidad repartir muerte y violencia.

Interesado por toda clase de papeles de Ernest Hemingway, porque hasta no hace mucho estuve impartiendo un curso sobre su obra, pero en especial sobre “El viejo y el mar”, me encontré con datos e informaciones en torno a su vida, que crisan y conmueven. Todo en él era parafernalia y disfraces: la cacería, la pesca, la guerra, el alcohol y las mujeres. Puras máscaras para esconder su frágil virilidad que trataba de acorazar con el enorme cartel del rudo, del insensible, del independiente, del solitario. “El viejo y el mar” es el correlato de toda esta tragedia, que culminó con el suicidio, porque, al entrar en la ancianidad, su “protesta viril” (como la hubiera llamado Adler) ya no tuvo el asidero del machismo exacerbado y delirante (entre los toros, la guerra, las farras y el alcohol) y claudicó.

En la última de sus obras, “El jardín del Edén”, por cierto póstuma (la última de las máscaras de Ernest Hemingway), cae por voluntad propia. En ella confiesa sus fantasías transexuales (en las que “alucinaba” con ser mujer), él que era la representación misma de la virilidad. Porque pocos varones han sido tan definitivamente masculinos, en su aspecto, como el autor de “Adiós a las armas”. Anidaba ansias de pasividad femenina y al mismo tiempo buscaba una masculinidad excenta de toda feminidad. No estoy hablando de afeminamiento, porque eso sólo está en la “loca” a la que para nada estoy tomando en cuenta aquí. Yo estoy analizando, en este texto, el tránsito de todos los hombres que, para llegarlo a serlo, debemos demostrar que no somos niños, que no tenemos ningún rasgo femenino y que somos completamente hombres.

Ello desde luego, nos lleva a tomar actitudes misóginas (despreciamos la “debilidad lloriquera” de las mujeres) y a la homofobia, es decir, el vituperio, el asco y el desprecio por todo homosexual. De ahí que los cabezas rapadas de Madrid, y de toda Europa, anden cazando, de nuevo, maricas y reinas, judíos e hispanoamericanos. Si matan a un homosexual, lo matan también dentro de ellos. El terror a la mujer (a sus maneras, procedimientos y falsa suavidad) conduce al varón a luchar por sacarla de dentro de sí. Por eso le pegan, por eso la humillan y por eso la someten. Es como un exorcismo. El diablo viene a ser toda aquella información genética (porque somos XY) que ella nos pasó en la concepción y todos aquellos gustos y maneras que ella nos transmitió mientras fuimos completamente suyos; es decir, hasta los cuatro o cinco años más o menos. El exorcismo es la misoginia y la homofobia. La mujer, en cambio, es mucho más segura de su sexo, de su sexualidad y de su ser en el mundo que el varón.

Especialmente ahora a partir de Dolly, de la que se ha dicho todo con relación al juego divino de manipular la vida. Pero no, acaso, lo más importante: Dolly viene a ser la ratificación de que las mujeres ya no nos necesitan para nada, ni siquiera para depositar la semilla del espermatozoide. Dolly es una hija sin padre. A partir de este momento el macho podría quedar definitivamente separado de las tareas reproductivas.

Un nuevo golpe a nuestra masculinidad, que nos hará, acaso, más misóginos y más homofóbicos. Toda la cultura del “falo” (que dura más de cinco mil años) se está derrumbando. La mujer no solamente accede a los cargos de poder, sino que no necesita del varón para garantizar la permanencia de la especie humana; ellas pueden reproducirse solas.

Cuando reflexiono en todas estas cosas y recuerdo que para llegar a ser hombre debí haber pasado, como mi padre, por el cuartel, no puedo dejar de sonreírme; y de entristecerme por aquellas vidas torturadas como la de Ernest Hemingway que, siendo tan hombre, no estaba seguro de serlo. Sólo estaba seguro de serlo Humphrey Bogart, metido en su traje de imbécil de acero, en “Casa Blanca”, así como los cowboys, los Rambo y los Terminator, que son violencia pura.

En la medida que nos vamos dando cuenta de nuestro fálico pero insignificante papel en la Historia, vamos creando, todavía dentro de la falocracia cinematográfica, una suerte de héroes que sólo saben matar. Acaso para producir terror cuando ya no podemos imponer respeto, cuando el fálico cetro está escapando de nuestras manos, con la militocracia y el militarismo cuartelario que mis padres querían recetarme, sólo porque yo prefería leer y leer, solitariamente, en vez de irme a romper el traje y la cara con los machitos del barrio. Menos mal tuve los suficientes testículos para imponer mi voluntad. La verdad es que yo siempre he hecho lo que he querido, sin ir de misógino y de homofóbico.”

Mario Alberto Carrera, 1997.
Escritor Chileno

Índice

Introducción

Capítulo 1. Género

7

- 1.1 Diferencia entre sexo y género 10
- 1.2 Género como construcción social 12
- 1.3 Mitos de género tradicional 13

Capítulo 2. Masculinidad tradicional

16

- 2.1 Mitos de la masculinidad tradicional 23
- 2.2 Relación entre el modelo masculino tradicional y la salud del varón 28
- 2.3 La masculinidad en México 32

Capítulo 3. El varón violento

37

- 3.1 Violencia 37
- 3.2 Etiología 41
- 3.3 Tipos de violencia 48
- 3.4 Mitos machistas 50
- 3.5 Algunos factores facilitadores de la violencia 52
 - 3.5.1 Aspectos psicológicos 52
 - 3.5.2 Aspectos familiares 54
 - 3.5.3 Aspectos sociales y culturales 55
 - 3.5.3.1 Medios de comunicación 57
 - 3.5.3.2 Educación escolarizada 65
- 3.6 Estadísticas de denuncias sobre mujeres y varones violentos 67

Capítulo 4. Hacia nuevas masculinidades

73

Conclusiones

87

Referencias bibliográficas

92

Anexos

97

- Anexo 1 98
- Anexo 2 108

Resumen

El objetivo de este trabajo es llevar a cabo una revisión teórica que nos permita analizar y reflexionar acerca de si el aprendizaje y la adhesión a una masculinidad tradicional constituye un factor de riesgo que lleva a algunos varones a ejercer la violencia hacia los demás, y de qué manera ocurre esto, por lo que se espera que la información que se presenta en la tesis sirva a los estudios de género, así como a aquellos profesionales que se dedican a investigar sobre las conductas de los seres humanos aportando elementos conceptuales desde una posición crítica. Por lo cual en el primer capítulo se realiza un análisis sobre el concepto de género que postulan diversos autores, así como también una revisión de las diferencias entre sexo y género, mismas que, a pesar de que tienen definiciones distintas, se coincide en que implican significados construidos social y culturalmente de acuerdo a estructuras de poder. En el segundo capítulo se lleva a cabo un análisis sobre la masculinidad tradicional, así como del recurso de comportamientos que son aceptados y permitidos por la sociedad, como la violencia dirigida a la conservación del poder como muestra de virilidad. Por lo que en el capítulo tres se reflexiona acerca de la violencia ejercida por los varones, y de algunos de los principales factores que intervienen en el aprendizaje y mantenimiento de ésta, como son los psicológicos, los familiares, los sociales y los culturales, estos últimos representados por los medios de comunicación masiva y la educación escolarizada, y cómo, a su vez, estos también podrían encaminarse a la prevención y disminución de la violencia. Se menciona también cómo el apego a la masculinidad tradicional ha puesto a los varones en situaciones de riesgo, como por ejemplo respecto a su salud, por miedo a que se cuestione su virilidad. Finalmente, todo lo anterior lleva a que en el capítulo cuatro se aborde el tema de las nuevas masculinidades, como una esperanzadora propuesta que algunos varones están trabajando en un intento por redefinir su posición frente a sí mismos y frente a las mujeres, representando una alternativa en la búsqueda de relaciones más equitativas.

Introducción

En los años recientes se ha abierto un debate en torno a los estudios sobre los varones violentos y la masculinidad tradicional. Hay demandas para realizar acciones que lleven a los varones a cambiar sus comportamientos, especialmente en los ámbitos de su sexualidad y salud reproductiva, violencia y paternidad hasta el involucramiento en las labores domésticas y la crianza de los hijos. Se espera de los varones mayor participación en los programas que están formulando e implementando gobiernos, que buscan mayor equidad y relaciones más igualitarias entre varones y mujeres, por lo que surge la demanda de estudios sobre varones que den explicaciones acerca de estos comportamientos y los significados que tienen para ellos (Olavarría, 2001). Como ejemplo de ello, encontramos que Benítez y Martínez (2000), llevaron a cabo un trabajo sobre “*Un estudio teórico de la violencia hacia el género masculino*”, pero dada la complejidad del fenómeno los autores recurrieron a los estudios de género puesto que esta perspectiva les permitió, como a muchos otros, develar que se aprende a ser varón y se aprende a ser mujer y que dicho aprendizaje puede modificarse; el objetivo era aportar información sobre este tópico para abrir nuevas posibilidades de que este fenómeno fuera estudiado tanto teórico como empíricamente. Por otra parte, López (2002) realizó un estudio teórico sobre “*Los significados de la violencia y el poder, conceptos clave de la masculinidad tradicional*”, este trabajo también se abordó desde la perspectiva de género, según el autor, para lograr un mayor entendimiento sobre el estudio de la masculinidad, pero en este caso dando mayor relevancia al análisis de los significados de la violencia y el poder en varones heterosexuales y homosexuales. Afortunadamente, cada vez surgen más investigaciones al respecto.

De acuerdo a lo anterior, en la presente tesis se aborda el tema: “*La influencia de la masculinidad tradicional sobre el varón violento*”, trabajando

también desde la perspectiva de género, ya que ésta da el contexto ideal para realizar diferentes investigaciones que permitan la reflexión y el análisis de los comportamientos de mujeres y varones. Como vemos, los trabajos antes citados hacen referencia a la violencia, el primero ejercida hacia el varón y el segundo junto con el poder, como claves de la masculinidad tradicional, ambos resultan interesantes, pero ninguno de los dos aborda en lo particular por qué los varones ejercen la violencia y cómo influye sobre este comportamiento la educación de una masculinidad tradicional.

Por lo anterior, primeramente, para la realización de esta tesis entramos al tema de género, en el capítulo uno, cuyo objetivo es hacer un análisis de las definiciones que tienen diferentes autores sobre este concepto y su impacto social y cultural, así como su vinculación en los temas de masculinidad y violencia, ya que hablar del papel del varón en la actualidad y de la problemática a la que se enfrenta diariamente hace necesario abordarlo. Como antecedente del uso del género tenemos el logro del feminismo anglosajón, movimiento que durante los años setenta impuso el uso de esta categoría con la finalidad de diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología teniendo como objetivo político distinguir que las características humanas consideradas como femeninas eran adquiridas por las mujeres mediante un proceso individual y social, en lugar de adquirirse naturalmente por su sexo. Gracias a esto, el género surge como categoría que en lo social corresponde al sexo anatómico y fisiológico. Tenemos entonces que el concepto de género incluye las representaciones sociales, mismas que manejan símbolos, valores y normas que distinguen a la mujer del varón, abarcando la asignación de una identidad femenina o masculina, de manera relacional.

Podría decirse entonces, que el género es el resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de hombres y mujeres, mediado por la intervención de instituciones sociales, culturales y religiosas. Así pues la categoría

género plantea la forma en cómo cada persona se define y construye su pensamiento en relación con los otros, y éstos se transforman en acciones cotidianas que en ocasiones benefician el desarrollo humano, pero en otras pueden contribuir a su deterioro.

Siguiendo esta perspectiva pasamos al capítulo dos donde se lleva a cabo el estudio del modelo masculino tradicional, cuyo objetivo es analizar y reflexionar acerca de los diferentes planteamientos que tienen algunos autores sobre la masculinidad desde el estereotipo machista, así como de las posibles repercusiones que ha tenido sobre los varones el llevar durante muchos años un aprendizaje de la masculinidad tradicional, hablando de las características que forman parte del patrón masculino, lo que proporciona una serie de elementos y conductas que son asumidos todavía en muchas sociedades.

El modelo masculino tradicional enseña a los varones que ellos tienen poder, que no deben dejar someterse por nada ni por nadie. Que su deber es el de proteger a la familia y mantenerla. El hecho de mostrar sus sentimientos, emociones o conductas no propias de su sexo o consideradas femeninas los coloca dentro de otro tipo de definiciones, como por ejemplo, mandilón o maricón.

Hite (1992, citado en Benítez y Martínez, 2000) plantea que la masculinidad tradicional se basa en la capacidad del varón para controlar las cosas que lo rodean, como que los varones no lloran, no muestran sus emociones, son el sexo fuerte, saben defenderse, deben ganar dinero, deben cuidar y respetar a las mujeres pero sin permitir que ellas se interpongan en su camino, y deben estar dispuestos a defender su honor y a su familia. En sí la masculinidad tradicional implica dominio y control de sí mismo (seguridad, autonomía, buena autoestima, asertividad, capacidad de decisión) y de su entorno social (agresividad, liderazgo, fuerza, competitividad, valentía), construcciones sociales aprendidas desde muy temprana edad y transmitidas de generación en generación. Entonces para el

varón la educación de lo que es ser masculino, lo pone en el lugar de que él debe ser el más fuerte y el que todo lo puede. Se le critica y obtiene muestras de burla por parte de algunos varones y algunas mujeres si da muestras de ternura, llanto, contacto con otros varones (como algún beso en la mejilla), pidiendo ayuda a otro varón o a una mujer, etc. Gracias a estos mitos de género tradicional, algunos varones pueden sentirse inseguros de su propia hombría o masculinidad, así como también el vivir bajo este modelo de masculinidad puede generarles incertidumbre, frustración y afecciones de la salud.

Es así que en la actualidad, lo masculino (entendido como macho) prevalece como una actividad hegemónica que está siempre en contra de todas las formas de masculinidad que no sean congruentes con el modelo impuesto. Pero desde el punto de vista psicológico, los roles y las normas sexualmente estereotipadas no son innatas, sino imposiciones debidas a las expectativas de la sociedad.

Dentro de las características masculinas tradicionales encontramos la violencia, por lo que el objetivo del capítulo tres es analizar las diferentes perspectivas que tienen algunos autores sobre el proceso que puede llevar a los varones a recurrir a ella.

Es sabido que la historia misma de la humanidad está trazada en gran parte a base de violencia y sigue estando presente en todo lugar y a todas horas, por ejemplo, en la televisión, la calle, la escuela, en la familia, etc. La violencia se considera como la fuerza que se ejerce sobre una persona para obligarla a hacer algo en contra de su voluntad y generalmente se hace referencia al varón como quien la ejerce, ya que se considera como el más fuerte sobre las mujeres, los niños o los ancianos, a los cuales se les asigna el papel de víctimas, por ser considerados como los más débiles. La violencia puede darse de manera física, psicológica, sexual, económica, social u objetal.

Según Corsi (1994), la violencia masculina es producto de las inseguridades y del temor al fracaso por no poder demostrar debidamente la masculinidad y esta característica considerada como masculina es aprendida desde la infancia, ya que muchos hombres crecen presenciando conductas violentas, haciendo más probable que la violencia se presente más adelante.

Aunque la violencia sea consustancial con el modelo masculino tradicional en el que han sido educados la mayoría de los varones, el identificar estos roles aun vigentes como causa del problema no debe entenderse como disculpa o justificación para ejercer esta conducta, ya que cada individuo tiene la responsabilidad de cuestionarlos y modificarlos. Todos debemos asumir a nivel personal el compromiso de estar en contra de la violencia, denunciar las agresiones y llevar este debate a todos los ámbitos, social, familiar y laboral de la vida cotidiana. Habría que exigir que se cuestionen en la educación los conceptos tradicionales de masculinidad, tanto en los centros de enseñanza como en la familia, la calle, o los medios de comunicación, para evitar a toda costa que los modelos que originan y mantienen la violencia se sigan reproduciendo.

Por lo que el capítulo cuatro llamado hacia nuevas masculinidades, tiene como objetivo dar a conocer cómo algunos varones han empezado a redefinir su masculinidad, lo que les permitirá alejarse de los comportamientos violentos. Es así que se comienzan a cuestionar su identidad, así como los papeles tradicionales que les han asignado. Se trata de dar a conocer cómo grupos de varones se están formando para redefinir su masculinidad, para mejorar sus relaciones tanto individuales como interpersonales y poder llegar a una equidad junto con las mujeres, hablando de sus emociones, dudas, miedos, con otros varones, lo que muchos sienten y que no se atreven a decir por miedo a las burlas o negativas de otros y otras.

Se trata, entonces, de generar un cambio social que libere indistintamente a varones y mujeres de la asignación de roles tradicionales que imponen el dominio de un género sobre otro. La solución estará determinada por la capacidad de los sectores críticos de la sociedad moderna para generar un cambio cultural que establezca nuevas identidades genéricas. Así se entienden los movimientos de varones que buscan la construcción de nuevas identidades masculinas.

La diferencia que existe entre los géneros se ha desarrollado a través de una variedad de mecanismos. Una consecuencia general es que muchos más varones que mujeres han sido animados a creer de distintas maneras que dominar al otro es una conducta aceptable. La creencia de que ejercer dominio está bien es muy destructiva, por lo que la idea de que la dominación es aceptable no tiene sentido.

Afortunadamente, desde hace algún tiempo ha habido un cambio en muchas actitudes de varones y mujeres, que comprenden que la violencia, de cualquier tipo, no sólo daña a la pareja, sino también a la familia y a la sociedad en su conjunto. Por lo que el hecho de conocer más sobre el tema de la violencia en el varón beneficia tanto a la sociedad como a la psicología, y sobre todo a los estudios de género, ya que entre más información se tenga sobre este tópico, se podrá brindar una mejor ayuda y comprensión a las víctimas de violencia, y principalmente a los varones violentos que pretendan prevenir este acto y quieran tener una mejor calidad de vida, mejorando su salud psicológica y biológica, así como también la de sus parejas e hijos.

Capítulo 1. Género

El presente capítulo pretende llevar a cabo un análisis de las definiciones que tienen diferentes autores sobre el concepto de género, su impacto social y cultural, así como su vinculación con los temas de masculinidad y violencia.

El concepto de género se refiere a la construcción social de los papeles asignados a hombres y mujeres por la sociedad y la cultura de cómo deben comportarse, y las responsabilidades inculcadas a cada uno de ellos, y es desde la forma en como se entiende este concepto que se puede conformar una explicación sobre la masculinidad tradicional y el varón violento.

Desde comienzos de la década de los ochenta Braidotti (2000), cita que el factor principal que influyó en el crecimiento de las teorías de género en el mundo occidental fue la institucionalización de los estudios de la mujer en las universidades, lo cual provocó una mayor producción de la investigación en ese campo.

Asimismo, Mounton (en Jiménez y Viagra, 2002) menciona que la primera aparición del concepto género es en 1988, y que su presencia es escasa hasta alrededor de 1995, año en que aumenta considerablemente. Los primeros libros en cuyo título figura la palabra género en su sentido anglicado suelen ser de mujeres, la mayor parte de ellas con apellido extranjero; por ejemplo, los cercanos a 1990 se han editado en países americanos hispanohablantes, casi todos remiten a mujeres o sociología; los publicados en España suelen tener como patrocinador o coeditor a algún organismo oficial -el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, el Instituto de la Mujer, el Ministerio de Educación y Ciencia, la Dirección General de la Mujer de la CAM, el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (UAM), el

Instituto Vasco de la Mujer o bien se trata de tesis doctorales publicadas por distintas universidades.

Lamas (1996) coincide con Mouton (en Jiménez y Viagra, Op. Cit), en que se podría deducir que la palabra género, en ese sentido, viene del ámbito de influencia anglosajón, ya que según ellas, el feminismo académico anglosajón impulsó el uso de la categoría gender en los años setenta, pretendiendo así diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología y asimismo perfilar una crítica a la existencia de una esencia femenina. Sin embargo, ahora que en los años noventa se ha popularizado este término, el resultado parece ser el equiparar, frecuentemente, género con sexo, dadas las acepciones del inglés americano cuyo significado de esta palabra remite a sexo, y se ha introducido a través de movimientos relacionados con la sociología, la antropología, y la psicología, sobre todo las de orientación feminista cuyo entorno es el académico y el más ceñido a los estudios de la mujer.

Investigadores y pensadores de diversas disciplinas han venido utilizando la categoría género de diferentes maneras, dentro de la cual se pueden distinguir dos usos básicos inicialmente: el que hablaba de género refiriéndose a las mujeres; y el que se refiere a la construcción social cultural de la diferencia sexual, aludiendo a las relaciones sociales de los sexos. Indudablemente una ventaja de usar género para designar las relaciones sociales entre los sexos es la de mostrar que no hay un mundo de las mujeres aparte del mundo de los varones, y que la información que se obtenga al investigar sobre género sea tanto sobre las mujeres como sobre los varones.

Contrario a esto Braidotti (2000), menciona que el concepto de género no fue originariamente feminista, sino que tuvo una identidad previa derivada de la investigación en biología, lingüística y psicología. Posteriormente, la adopción del término género como una noción dominante por parte de las feministas, se dio por

intermediación de Simone de Beauvoir, ya que su estudio de la estructura filosófica y material de la alteridad, la condición del otro, como una categoría fundamental de la experiencia humana, la llevó a afirmar la naturaleza construida, en lugar de biológicamente determinada de la identidad en su frase: "Uno no nace mujer; se hace", la cual ha quedado superada, en los últimos treinta años por: "El varón se hace, y muchas veces a un alto precio" (Carabí y Segarra, 2000; p. 35).

Por su parte, Robert Stoller (1986; citado por Arellano y Torres, 1994) define el género como la construcción social de lo femenino y lo masculino, de ahí que la diferencia entre mujer y varón no sea dado por los sexos, parámetros biológicos, sino que es principalmente lo social el aspecto que servirá como diferenciador. Históricamente, estas construcciones han permitido que la balanza favorezca al varón manifestándose de distintas maneras, como por ejemplo, en la discriminación laboral, la asignación de ciertas actividades sobre las que debe manejarse la mujer, y sobre todo, en un problema más dramático que se genera por este medio, nos referimos al ejercicio de la violencia.

Es así, que para Simone de Beauvoir (en Braidotti, 2000) adquirir una identidad es un logro, como lo cita Freud en su obra sobre *"La Psicopatología del sujeto"*. Así, este logro y el esfuerzo que se requieren para construirse como mujer o como varón prueban que el sexo y el género no deben confundirse y que la unidad entre lo empírico y lo simbólico entre ser varón y mujer se adquiere a un alto costo.

Recurrir a los estudios de género nos ayuda a explicar y comprender el hecho de pertenecer a uno u otro sexo, y nos lleva a darnos cuenta de que la masculinidad al igual que la feminidad, son entidades socialmente construidas a las cuales se les atribuyen comportamientos y actitudes determinadas con base en la diferencia sexual.

1.1 Diferencia entre sexo y género

Supuestamente con la distinción entre sexo y género se podría enfrentar mejor el determinismo biológico y se podría ampliar la base teórica argumentativa a favor de la igualdad de las mujeres. Posteriormente, el uso de la categoría de género llevó al reconocimiento de una variedad de formas de interpretación, simbolización y organización de las diferencias sexuales en las relaciones sociales y perfiló una crítica a la existencia de una esencia femenina.

Fernández (en Mounton; citado en Jiménez y Viagra, 2002), uno de los primeros autores españoles en utilizar y en difundir el uso de la categoría de género, coordinador de los libros *“Varones y Mujeres”*, y *“Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género”*, escribió en 1996, que no existía en esos momentos una definición clara y consensuada de género. Aunque cabría decir que cuando se utiliza esta expresión se está haciendo referencia a aquellas características consideradas socialmente apropiadas para mujeres y varones dentro de cada sociedad determinada. Para él, género hace referencia a una realidad muy compleja, de carácter fundamentalmente psicosocial, pero que tiene su exclusiva razón de ser en un dimorfismo sexual aparente (mujer/varón), y que se encuentra en permanente interacción con él a lo largo de todo el ciclo vital.

En lo que respecta al concepto de sexo, Izquierdo (en Villanova, 1994), Arellano y Torres (1994), Lamas (1996) al igual que López (2002), mencionan que este concepto está más ligado a aspectos biológicos, donde se determina una diferencia física y constitutiva entre el macho y la hembra. En el ser humano el sexo determina esa diferencia anatómica, fisiológica y constitutiva entre el varón y la mujer, que básicamente se refiere a los órganos genitales. En cambio el género se refiere a las diferencias que existen entre los varones y las mujeres en cuanto ideas, valores y modos de actuar; estas diferencias no tienen un origen biológico, sino que son construcciones socioculturales que determinan lo que en cada

sociedad significa ser varón y mujer.

Sin embargo, Fernández (en Mouton; citado en Jiménez y Viagra, 2002), no está conforme con el reduccionismo de la visión tan extendida de que el sexo hace referencia a lo biológico y el género a lo social, y mucho menos con el presupuesto de la identificación del sexo con la genética/naturaleza (que resulta inmodificable) y del género con la cultura/crianza (totalmente modificable), ya que para él todo esto es mucho más complejo, de modo que las dos realidades del sexo y del género son susceptibles de modificarse, y para ambas, lo biológico y lo psicosocial se muestran en permanente y continua interacción.

Asimismo, las teorías feministas, ya sean psicoanalíticas, posmodernas, liberales o críticas coinciden en el supuesto de que el género es un proceso histórico y social y no un hecho natural. Aún más, es necesario cuestionar la oposición misma entre sexo y género. La diferencia sexual no es meramente un hecho anatómico, pues la construcción e interpretación de la diferencia anatómica es ella misma un proceso histórico y social. Que el varón y la hembra de la especie difieren es un hecho, pero es un hecho también siempre construido socialmente (Seyla Benhabib; citado en Lagarde, 1996).

De acuerdo con Seyla Benhabib (en Lagarde, Op. Cit), Carbonell (2002) señala que el sexo, ser varón o hembra, no significa lo mismo que el género masculino o femenino. El sexo es la distinción biológica entre varón y mujer, y lo constituyen elementos físicos y biológicos que tienen que ver con la naturaleza y el género masculino o femenino, lo constituyen el conjunto de funciones y cualidades que se les atribuyen a las personas según su sexo biológico, y es por tanto, una cuestión cultural. Y la transmisión de estos roles a través de la cultura ha entrañado desigualdad, además de que la desproporción viene impregnada por el dominio de un sexo sobre el otro, pues los roles masculinos tradicionales comprenden estereotipos de mando, dominio, uso de la fuerza, agresividad,

inhibición de la expresión de sentimientos de ternura, etc. En comparación a los femeninos que comprenden, obediencia, dejarse dominar, docilidad, ternura, comprensión y expresión de sus sentimientos; entonces, tanto el sexo como el género son dos conceptos que si bien permiten entender mejor al ser humano, también incluyen la consideración de que son construidos socialmente.

Es así que en los últimos veinticinco años han convergido muchas y muy diversas tendencias dentro de las investigaciones académicas para producir una comprensión más compleja del género como fenómeno cultural. Hoy en día vemos que los límites sociales establecidos por modelos basados en el género varían tanto histórica como culturalmente, y que también funcionan como componentes fundamentales de todo sistema social. El hecho de vivir en un mundo compartido por dos sexos puede entenderse en una variedad infinita de formas cuyas interpretaciones y modelos operan tanto a nivel social como individual. La producción de formas culturalmente apropiadas respecto al comportamiento de los varones y las mujeres, según, Bourque, Conway y Scott (en Lamas, 2003) es una función central de la autoridad social y está mediada por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas. Las fronteras del género, al igual que las de clase, se trazan para servir a una gran variedad de funciones políticas, económicas y sociales.

1.2 Género como construcción social

Desde hace algunos años las y los feministas vienen insistiendo en que el género es una construcción social.

Cada mujer y cada varón sintetizan y concretan en la experiencia de sus propias vidas el proceso sociocultural e histórico que los hace ser precisamente ese varón y esa mujer sujetos de su propia sociedad, vivientes a través de su

cultura, cobijados por tradiciones religiosas o filosóficas de su grupo familiar y su generación, hablantes de su idioma, ubicados en la nación y en la clase en que han nacido o por las que han transitado, envueltos en la circunstancia y los procesos históricos de los momentos y de los lugares en que se desarrolla su vida. Es así que cada persona reconoce a las demás a través de la mirada de sus cuerpos y de la escucha de sus voces, para constatar si son mujeres o varones. Además, certifica su percepción inicial en las acciones, los comportamientos, las actitudes, las maneras de actuar y de relacionarse de cada quien, y por el conjunto de lo que cada persona puede y debe hacer, decir, pensar, sentir, desear y también por lo que no debe ni puede hacer, pensar, decir, desear..., es decir, cada quien reconoce a los o las demás reconociendo los límites impuestos a su ser en el mundo por esa construcción que es el género (www.europrofem.org/O2.info).

El género surge como categoría que en lo social corresponde al sexo anatómico y fisiológico. Tenemos entonces que el concepto de género incluye las representaciones sociales, mismas que manejan símbolos, valores y normas que distinguen a la mujer del varón (mitos de género tradicional), abarcando así la asignación de una identidad femenina o masculina.

1.3 Mitos de género tradicional

Podría decirse entonces, que el género es el resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de varones y mujeres, mediado por la intervención de instituciones sociales, culturales y religiosas. Así pues, la categoría género plantea la forma en cómo cada persona se define y construye su pensamiento, y este se transforma en acciones cotidianas que en ocasiones benefician el desarrollo humano o en otras pueden contribuir a su deterioro.

En nuestra sociedad existe todavía una desigualdad entre los géneros femenino y masculino, que se expresa en prescripciones muy fijas y

estereotipadas de cómo ser varón o mujer, madre o padre, con asignaciones de valor, de jerarquía, estatus y poder de cada uno. Tradicionalmente se define a las mujeres como sostenedoras de lo emocional o de lo afectivo, de lo doméstico, de lo irracional, como dependientes y pasivas... Mientras que los varones son vistos como los sostenedores económicos de la familia, los racionales, los poseedores de la iniciativa sexual, los capacitados para tomar las grandes decisiones, los exitosos, los dominantes, etcétera (Celedón, 2004 y www.sexoygenero.arrakis.es).

Corsi (1994) señala que los estereotipos de género más difundidos sostienen que los varones son las máximas autoridades de la casa, independientes, libres, individualistas, objetivos, racionales y jueces en última instancia. Mientras que a las mujeres, por el contrario, se les considera dependientes, débiles, sumisas, emotivas, no inteligentes, reprimidas para el placer, encargadas de las responsabilidades domésticas y de la crianza de los hijos... Bell (1987; citado en Corsi, Op. Cit) sostiene que el trabajo es la preocupación vertebral en la vida de los varones en la sociedad occidental, el concepto que un varón tiene de sí mismo deriva fundamentalmente de su trabajo, y el éxito laboral se convierte en un indicador de la masculinidad. El paralelo femenino es la procreación. Asimismo, la socialización masculina crea estrategias de resolución de conflictos (cólera defensiva/externalización de la culpa), que cuando fracasan pueden generar una escalada violenta para lograr el dominio de la situación.

El llevar a cabo una revisión del pasado al presente permite dar cuenta del cómo se han separado dos categorías fundamentales, varones y mujeres, y cómo se les han asignado diferentes maneras de ser. Para Hernández (1997) estas formas han sido dictadas de cuatro preceptos básicos: la moral, la religión, lo social o cultural y la ley.

- Ψ **Las normas morales:** Regulan el comportamiento interno, bajo las cuales el sujeto explica su realidad y son acatadas por él de forma libre. Pero su desobediencia genera remordimiento de conciencia.

- Ψ **Las normas religiosas:** Suponen deberes, que regulan el comportamiento interno y externo de sus fieles, son obligatorias por mandato de una autoridad suprema, y están fuera del alcance de los seres humanos, por lo que no pueden juzgarlas. Es una forma cultural muy poderosa, sobre todo en Latinoamérica; desafortunadamente, la mayoría de los sacerdotes también tienen creencias patriarcales y por lo tanto apoyan la opresión de la mujer. Esto se hace evidente, por ejemplo, en las posiciones que la iglesia toma respecto de la propia estructura eclesiástica, que no permite a las mujeres participar en puestos equivalentes a los de los sacerdotes.

- Ψ **Las normas sociales o culturales:** Proviene de las costumbres y pueden variar dependiendo del contexto cultural. Regulan el comportamiento interno y externo de la persona, el no cumplirlas puede acarrear el rechazo y el ridículo ante la sociedad.

- Ψ **Las normas legales:** Regulan el comportamiento exterior, son obligatorias y su desobediencia lleva a un castigo penal.

Siguiendo la perspectiva de género y con base en lo mencionado anteriormente sobre cómo la sociedad y cultura construyen sistemas que regulan los comportamientos tanto de mujeres como de varones, llegamos a los estudios realizados sobre masculinidad tradicional.

Capítulo 2. Masculinidad tradicional

El presente capítulo introduce los diferentes planteamientos que tienen algunos autores sobre masculinidad desde el estereotipo machista. Así como las posibles repercusiones que ha tenido sobre los varones el llevar durante muchos años un aprendizaje de la masculinidad tradicional.

Aunque **XY** constituye la condición primera del ser humano masculino, esto no basta para caracterizarlo. Hay personas **XY**, físicamente normales, que desconocen su identidad masculina, mientras que otras adquieren dicha identidad a pesar de ciertas anomalías genéticas. El devenir masculino pone en juego factores psicológicos, sociales y culturales que no tienen nada que ver con la genética, pero que no por ello dejan de tener un papel igualmente determinante, y tal vez, más. De **XY** al sentimiento de identidad masculina, que marca la conclusión de la evolución del varón, el camino es largo y sembrado de dificultades. La posesión de un cromosoma **Y** o de órganos sexuales masculinos no basta para circunscribir al macho humano (Badinter, 1993; citado en Carabí y Segarra, 2000). La identidad de género, sin embargo, postula la preeminencia de lo masculino y discrimina por ello, a la mujer, al determinarla como simbólicamente subordinada a la sexualidad y posición de poder del varón construida culturalmente. Pero gracias a que las identidades de género nunca constituyen identidades estables, queda en evidencia la supuesta naturalidad de las condiciones histórico-culturales, sugerida a través de efectos discursivos. Es decir, las identidades son transformables, al igual que se puede cambiar la preeminencia masculina en la economía, en la sociedad, en la política y en la cultura (Galindo, en Carabí y Segarra, Op. Cit).

Montesinos (2002) cita que los estudios sobre la masculinidad tienen como objetivo principal detectar el conflicto que enfrentan los varones ante los cambios en la identidad masculina. Según Connell (2003), desde finales de los años

cincuenta el término de masculinidad ya era parte del repertorio de términos convencionales de las ciencias sociales gracias al esfuerzo de la sociología, la antropología y la psicología:

Ψ **Enfoque sociológico:** Es posible reconocer a la masculinidad como expresión genérica manifiesta de diversas formas a lo largo de la historia, dependiendo en todo caso de las estructuras culturales que sustentan a la sociedad que se estudia. El significado de lo masculino promueve un debate social en el terreno de la cultura: costumbres, valores, normas, conductas, etcétera.

Ψ **Enfoque de la antropología social:** De acuerdo con los estudios de las sociedades se ha constatado que la masculinidad y la feminidad se expresan de diversas formas, dependiendo de la cultura de la que se trate. La masculinidad no se expresa de manera universal, no se trata de un rasgo social constante, sino de manifestaciones propias de diferencias culturales que coexisten en un momento determinado de la historia, sin negar el predominio de formas de expresión de la misma masculinidad. Pero la supremacía masculina en la sociedad es una construcción cultural, por lo que no es posible hablar de una masculinidad, sino de diferentes masculinidades. Como se puede observar, el aporte fundamental de la antropología es el descubrimiento de las identidades genéricas como expresión de las culturas en concreto, así como el señalar que las diferencias entre los géneros queda establecida, en general, por estructuras de poder que tradicionalmente reproducen la imagen patriarcal como la máxima autoridad social.

Ψ **Enfoque de la psicología social:** La psicología social también ha hecho aportaciones al conocimiento de los géneros. De hecho, su objeto de estudio consiste en desentrañar la naturaleza de la “psique” de los individuos, por lo que su carácter define los rasgos específicos de la

identidad de los géneros y, ofrece los instrumentos para analizar la estructura subjetiva a partir de la cual los varones asumen su masculinidad. La psicología ha permitido a los estudios de género reconocer los efectos negativos que sobre las relaciones sociales y particularmente sobre las relaciones de pareja y familiares tienen los rasgos de la masculinidad tradicional, que de manera resumida se reflejan en el monopolio del poder que históricamente han detentado los varones. De acuerdo con los estudios sobre masculinidad, la psicología actualmente investiga la forma en que los individuos son condicionados por las distintas instancias sociales para presentar rasgos y actitudes de la personalidad masculina. Para la psicología social la conducta masculina, como cualquier conjunto de actitudes está influida por tres grupos de factores:

- 1. Los factores constitucionales:** caracterizan a la gente en lo individual.
- 2. Los factores de desarrollo:** traen consigo actitudes, pensamientos, sentimientos únicos, porque se desarrollan en un determinado ambiente.
- 3. Los factores situacionales o ambientales:** son los que corresponden a la filosofía de la vida cotidiana.

Según Connell (2003), para algunas personas todavía el concepto de masculinidad, supone que el comportamiento de cada quien es el resultado del tipo de persona que se es. En otras palabras, para algunas personas, un joven “no masculino” tenderá a comportarse de forma pacífica en vez de violenta, conciliadora en vez de dominante, no podrá patear un balón de fútbol, no le interesarán las conquistas sexuales, etc. Sin embargo, Connell (Op. Cit) menciona que el concepto es inherentemente relacional, ya que la masculinidad no existe más que en oposición a la feminidad y la mayoría de las definiciones de masculinidad han supuesto un punto de partida cultural, pero han seguido distintas estrategias para caracterizar el tipo de persona que se es masculina, por lo que señala tres principales definiciones sobre lo que es ser masculino:

- Ψ **Definición esencialista:** Normalmente seleccionan una característica que define la esencia de lo masculino y fundamentan su explicación de las vidas de los varones en ella; por ejemplo: Freud jugueteó con una definición esencialista cuando igualó la masculinidad con la actividad, mientras que a la feminidad le asignó la pasividad.

- Ψ **Definición positivista:** Proporciona una definición sencilla de la masculinidad, lo que los varones son “en realidad”. Esta definición es el fundamento lógico de las escalas masculinidad/feminidad de la psicología, cuyos elementos adquieren validez, mostrando que son capaces de distinguir estadísticamente entre grupos de mujeres y varones. La definición también es la base de las discusiones etnográficas de masculinidad que describen el patrón de las vidas de los varones en una cultura dada y a eso lo llaman el patrón de la masculinidad, sin importar de qué cultura se trate.

- Ψ **Definición normativa:** Ofrece una norma, la masculinidad es lo que los varones “deben ser”.

Sin embargo, autores como Kimmel (1992; citado en Trujano, 2002), sostiene que las definiciones de masculinidad están cambiando constantemente; la masculinidad no está en nuestro código genético, por el contrario, se construye socialmente, como puede ser:

- Ψ Desde una cultura a otra.
- Ψ En una misma cultura a través del tiempo.
- Ψ Durante el curso de la vida de cualquier varón en lo individual.
- Ψ Entre diferentes grupos de varones según su clase, grupo étnico y preferencias sexuales.

Pero aunque existan múltiples formas de masculinidad, en muchas situaciones un modelo de masculinidad es el que domina, como lo es la masculinidad tradicional, sin embargo, esto no hace que los demás se desvanezcan. Las masculinidades son colectivas, además de individuales. A menudo están divididas, son contradictorias y cambian con el transcurso del tiempo (Badinter, 1993 y Connell, 2003). En la actualidad, los especialistas de los estudios de varones coinciden en rechazar la idea de masculinidad única. Conocedores de la labor de los antropólogos sociales y culturales y de todo cuanto hace referencia a la investigación histórica y sociológica sobre la masculinidad y la feminidad, concluyen, que no existe un modelo masculino universal válido para cualquier lugar y en cualquier momento. A su modo de ver, la masculinidad no constituye una esencia, sino una ideología que tiende a justificar la dominación masculina (Badinter, Op. Cit).

Connell (Ibidem), distingue cuatro tipos de masculinidad que refuerzan el modelo masculino tradicional:

❧ **Masculinidad tradicional:** Legitima el patriarcado y asegura la dominación de los varones y la subordinación de las mujeres. Prescribe la heterosexualidad forzada como constituyente de la identidad de género y de la práctica en función del género, y apoya el uso de la violencia. Según el autor, para que esta forma de masculinidad pueda imponerse como tradicional, es necesario el apoyo de un poder institucional. El ideal cultural de masculinidad debe ponerse en escena y sancionarse permanentemente en los niveles de dirección de la economía, del ejército, de la política, etc. La masculinidad tradicional se reproduce gracias al trabajo de socialización sobre todo en la familia y en la escuela.

❧ **Masculinidad subordinada:** Remite a la subordinación de las

identidades homosexuales de género y a la preeminencia de los varones heterosexuales. En parte los homosexuales se identifican con la masculinidad tradicional, a la vez que la cuestionan al manifestar otras formas de deseo y de prácticas sexuales. Esto conduce a que sean calificados de femeninos por los varones dominantes y sometidos también a la discriminación sexista. Todas las prácticas que amenazan la ideología patriarcal, así como algunas prácticas heterosexuales, son atribuidas a la feminidad y por consiguiente excluidas del círculo de la masculinidad legítima.

❧ **Masculinidad cómplice:** Caracteriza a los varones que no defienden el prototipo tradicional de manera militante, pero que participan en los dividendos patriarcales, es decir, que gozan de todas las ventajas obtenidas gracias a la discriminación de la mujer. Se benefician de ventajas materiales, de prestigio y de poder de mando, sin tener que esforzarse, a la vez que tienen una especie de función de reforzamiento en la sociedad, por organizar adhesión y consenso para la ideología masculina tradicional.

❧ **Masculinidad marginalizada:** Describe las relaciones de exclusión entre las masculinidades tradicionales y las marginalizadas de aquellos varones que forman parte de las clases sociales subordinadas o de grupos étnicos. La masculinidad marginalizada contribuye también al sostén del poder de la masculinidad tradicional porque interioriza los elementos estructurales de sus prácticas.

Gilmore (en Trujano, 2002) y Ramírez (2004), refieren que la masculinidad es la forma aprobada de ser un varón adulto en una determinada sociedad. El concepto de masculinidad en nuestras sociedades dicta que el varón adquiera ciertas características para ser varón. La masculinidad espera que el varón

construya su masculinidad o identidad de varón. Dos factores muy importantes para obtener esta aprobación son la diferencia y la identificación. La diferenciación es un punto clave para el desarrollo de la masculinidad, pues el varón aprende desde pequeño a ser diferente de la persona con quien más contacto tiene: su madre. El pequeño se aleja de las conductas que son satisfactorias, sensibles, emocionales, cooperativas, expresivas y delicadas, al mismo tiempo que se comienza a identificar con un modelo masculino y adopta las características masculinas de competencia, desconfianza, alejamiento, rudeza, individualismo, egoísmo y dominio.

Primeramente Hite (1992; citado en Benítez y Martínez, 2000) plantea que la masculinidad tradicional se basa en la capacidad del varón para controlar las cosas que lo rodean, así como los valores, como por ejemplo, los varones no lloran, no muestran sus emociones, son el sexo fuerte, saben defenderse, deben ganar dinero, deben cuidar y respetar a las mujeres pero sin permitir que ellas se interpongan en su camino, y deben estar dispuestos a defender su honor y a su familia. En sí, para Hite (Op. Cit; citado en Benítez y Martínez, Op. Cit), masculinidad implica dominio y control de sí mismo (seguridad, autonomía, buena autoestima, asertividad, capacidad de decisión) y de su entorno social (agresividad, liderazgo, fuerza, competitividad, valentía), construcciones sociales aprendidas desde muy temprana edad y transmitidas de generación en generación.

En conclusión, es factible reconocer que la psicología aporta al estudio de los géneros conocimiento acerca de los rasgos que caracterizan el ser mujer y el ser varón. Por ello marca una importante pauta para superar los conflictos emanados de las diferencias entre los sexos.

2.1 Mitos de la masculinidad tradicional

Para Gilmore (1994; citado en Benítez y Martínez, 2000) así como para Corsi (1994), la masculinidad no es una condición natural, sino un umbral crítico a través del cual los niños tienen que pasar por una serie de pruebas que los aleja del mundo de lo femenino, por lo que el miedo a la feminidad es el eje alrededor del cual se va estructurando lo masculino y sobre el cual se ubican algunos mitos y creencias que sustentan a la socialización masculina, como pueden ser: *El poder, la dominación, la competencia y el control son esenciales como prueba de masculinidad; *La vulnerabilidad, los sentimientos y las emociones en el varón son signos de feminidad y deben ser evitados; *Un varón que pide ayuda o trata de apoyarse en otros, muestra signos de debilidad, vulnerabilidad e incompetencia; *La sexualidad es el principal medio para probar la masculinidad, la sensualidad y la ternura son considerados femeninas y deben ser evitadas; *La intimidad con otros varones debe ser evitada, porque lo vuelve vulnerable y lo pone en desventaja en la competencia por las mujeres y esto podría implicar afeminamiento y homosexualidad, por citar algunos.

Según Montesinos (2002) existen varios estudios sobre la construcción de la identidad masculina a partir de los estereotipos asignados a los géneros, en los cuales destacan los correspondientes al varón. En estos estudios se identifican los estereotipos de la identidad genérica tradicional. Los estereotipos, como señala Rocheblave (en Montesinos, Op. Cit), "...tienen una gran dependencia de los factores culturales, de esta forma los comportamientos del varón y de la mujer varían según las civilizaciones, y la imagen que se tiene de ellos experimenta variaciones..." (Corsi en Montesinos, 2002; p. 90).

Sostiene también que la identidad masculina tradicional se construye sobre la base de dos procesos psicológicos simultáneos y complementarios: un hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y una represión de la esfera

emocional. La socialización masculina se apoya en el mito del ganador, teniendo que demostrar seguridad a través de un efectivo autocontrol de los sentimientos que oculte cualquier tipo de debilidad generalmente identificada como rasgo femenino. Por esta razón los varones en su mayoría, evitan mostrar sus sentimientos de dolor, tristeza, placer, temor, etcétera. Los estereotipos son difíciles de separar de la sexualidad (ya que éstos se levantaron a partir de la diferencia sexual, ahí es donde se encuentra su legitimación, principalmente en la reproducción). Los varones han construido su identidad de género en oposición a la identidad femenina, de esta forma el varón es aquello contrario a los estereotipos asignados a la mujer.

Mackie (1987; citado en Corsi, 1994), menciona que la socialización de género es un subtipo de la socialización general que comprende los principios por medio de los cuales los individuos aprenden a ser femeninos o masculinos, siguiendo las expectativas sociales. Para ello es necesario que internalicen las normas que especifican la desigualdad de género y la división genérica del trabajo. El modelo masculino tradicional descrito por Corsi (1990; en Corsi, Op. Cit) se basa en dos características esenciales, que configuran el perfil psicológico de los varones, la restricción emocional y la obsesión por los logros y el éxito. Estas características se reflejan en una conducta afectiva y sexual restringida, actitudes basadas en modelos de control, poder y competencia, así como dificultades para el cuidado de la salud. En términos generales, la evitación de todos los aspectos asociados a lo femenino configura el núcleo principal a partir del cual se estructura la masculinidad. Corsi (1994) describe una serie de mitos y creencias sobre los que se sustenta la socialización masculina tradicional, entre los que se pueden destacar:

- ❖ La masculinidad es la forma más valorada de la identidad genérica.
- ❖ El poder, la dominación, la competencia y el control constituyen pruebas de la masculinidad.

- Ψ La vulnerabilidad, los sentimientos, las emociones, la sensualidad, la ternura y el contacto físico deben evitarse por ser signos de feminidad.
- Ψ El autocontrol, el control sobre los otros y sobre su entorno son esenciales para su seguridad.
- Ψ Un varón que pide ayuda muestra signos de debilidad, vulnerabilidad e incompetencia.
- Ψ El pensamiento racional del varón es la forma superior de la inteligencia.
- Ψ El éxito en las relaciones se asocia a la subordinación de la mujer a través del poder y el control de la relación.
- Ψ La sexualidad es el principal medio para probar la masculinidad.
- Ψ La intimidad con otros varones debe ser evitada por temor al afeminamiento y a la homosexualidad.
- Ψ La autoestima se basa en los logros obtenidos en el ámbito económico y laboral.

Asimismo, Brannon y David (1975; citados en Carabí y Segarra, 2000) mencionan cuatro factores incluidos en los estereotipos masculinos tradicionales:

1. **Carencia de rasgos femeninos:** La masculinidad supone evitar lo femenino.
2. **Tener éxito:** ser respetado y ganar mucho dinero.
3. **Ser un roble:** La masculinidad supone, además de fortaleza, una gran seguridad y confianza en sí mismo. **Independencia:** El varón no puede permitirse sentir miedo y, si lo tiene, tendrá que disimularlo.
4. **Ser agresivo:** La persona masculina debe ser agresivo hasta la violencia inclusive.

Respecto a esto último, Olavarría (2001) menciona que dentro de los

rasgos que caracterizan la masculinidad tradicional, el mandato a ser fuerte y no débil como las mujeres, es uno de los núcleos centrales. Ser fuertes es la viga maestra en la cual descansa la estructura de la identidad de género masculino. En esta lógica, ser autónomo e independiente y evitar comprometerse emocionalmente es también entendido como ser fuerte, pues depender de otros se supone que les quita fuerza y poder ante aquellos.

Se entiende así la tendencia masculina a dejar fuera del encuentro sexual las emociones y los sentimientos, excepción hecha de aquellas relaciones donde los lazos tienen un carácter afectivo previo. Solo siendo fuerte se puede ser protector, aspiración paradigmática de la masculinidad tradicional. Quien controla el dinero, ostenta el poder, posee la fuerza y asegura el dominio sobre quien no lo controla. Ello explica el papel central que representan el trabajo remunerado y el rol de proveedor en la identidad masculina destacándose como uno de los mandatos más determinantes en la vida de los varones. Quien se muestra tierno, sensible, dependiente, comprometido emocionalmente no agresivo ni competitivo, es visto como débil y como consecuencia poco varonil.

Asimismo por el lado del terreno de la sexualidad se transforma para los varones, dominados por los patrones de la masculinidad tradicional, en uno de los imaginarios campos de batalla donde probar su competencia y descartar la supuesta debilidad. Los varones deben mostrarse siempre interesados, siempre dispuestos, siempre activos para iniciar un encuentro sexual, aunque muchas veces los deseos y las necesidades digan lo contrario. Dejar pasar la oportunidad es mostrar debilidad, y puede ser interpretado como muestra de poca virilidad. La falta de deseo sexual es tan atentatoria a la autoestima masculina como la falta de un trabajo remunerativo. Como se cita, la masculinidad exige la represión de necesidades y sentimientos que son formas de expresión humanas y no sólo características de las mujeres, como generalmente se cree. Para Kaufman (en Olavarría, Op. Cit) la masculinidad es frágil porque no existe como una realidad

biológica que lleven los varones dentro de sí. Existe como ideología en el marco de las relaciones de género.

Según Mosqueda (2002) el sistema diferenciado de valores y comportamientos considerados unos masculinos y femeninos otros, y que son asignados socialmente a varones y a mujeres respectivamente, es producto de la visión masculina, para la organización y el funcionamiento de la sociedad, que va desde la familia hasta las estructuras de gobierno. Este sistema de valores está presente y rige todos los espacios de otros varones y mujeres, tanto en lo público como en lo íntimo. Para el varón (y para la mujer), el aprendizaje de su papel, desde que nace, le introyectarán una visión del mundo, la forma de relacionarse con varones y con mujeres, la forma en que puede expresar sus emociones y sentimientos, lo que tiene valor y lo que no, las actitudes y comportamientos para ser considerado verdaderamente masculino.

Este aprendizaje se da en todos los espacios de la vida cotidiana. Tratar de cumplir con los mandatos, exigencias, modelos y alternativas que asigna la masculinidad tradicional a los varones (como el ser valiente, competitivo, egoísta, arriesgado, exitoso, fuerte física y emocionalmente, potente sexual, deseado, conquistador, sabelotodo, heterosexual, dominante, admirado, autoritario, autosuficiente, proveedor, agresivo, audaz, mujeriego, buen bebedor, simpático, aceptado, no contar con nada que tenga que ver con lo considerado femenino, etc.), puede generar una serie de repercusiones emocionales y psicológicas, por ejemplo: malestares, incomodidades, miedos, inseguridades, baja autoestima, dificultad para mantener vínculos afectivos, tristeza y frustraciones. Las repercusiones pueden verse externadas, por ejemplo, en conductas y en actitudes como el abuso de poder, violencia en lo privado y en lo público, abuso de autoridad, prepotencia, aislamiento, ser padre sin ninguna responsabilidad en la crianza, poca o nula manifestación de sus sentimientos, relaciones y comunicación superficiales con otros varones, la burla y descalificación a otros y a otras la poca capacidad de autocrítica y aceptación de la diversidad sexual. Todo lo considerado

femenino, en actitudes, expresión de emociones, comportamiento..., en un varón, para algunas personas, es signo de debilidad, motivo de descalificación y en muchos casos de marginación y violencia. La reflexión y el cuestionamiento a la masculinidad tradicional y al sistema de género imperante, no son para hacer una apología o victimización de las mujeres, ni tampoco para la satanización o justificación de los varones.

Esta reflexión y cuestionamiento abordados de manera integral (tomando en cuenta los espacios privados y públicos, las relaciones políticas y económicas, la cultura y la educación), podrán llevar a construir propuestas para avanzar en cambios que realmente transformen todos los ámbitos, las estructuras sociales, y consecuentemente, el orden simbólico actual que facilite la equidad.

2.2 Relación entre el modelo masculino tradicional y la salud del varón

De cierta manera si lo masculino no es sinónimo de varón, ni lo femenino sinónimo de mujer, nada hay que sea puramente masculino ni puramente femenino. Sólo existen pautas culturales y toda una historia que tendió a anular en los varones el componente femenino y en las mujeres el componente masculino. El hecho de que la supremacía de lo masculino acota todo aquello que se puede alcanzar en relación con las mujeres, los aleja de otros varones, los enferma y enferma a otros.

El temor a la pérdida del estatus masculino, lo femenino y lo homosexual, denigran de alguna manera la integridad del género de acuerdo al estereotipo tradicional (Connell en Kimmel, 1992; citado en Trujano, 2002). El conjunto de creencias estereotipadas de género tradicional llegan a formar una estructura ideológica y socialmente construida, surgida de costumbres y tradiciones culturales en las que al parecer, los varones se guían más por la aceptación varón-varón, que por la de varón-mujer. La aprobación, legitimización y respeto de los iguales como árbitros de lo real y como guardianes del "deber ser" define en

muchos casos pautas de comportamiento, pocas veces analizadas y reflexionadas críticamente. La etiqueta de machos ante todo carga a los varones de un gran peso social que les llega a impedir el manifestar y compartir episodios de su vida que pueden ser más o menos tristes, violentos o desagradables (como un abuso sexual), pero que prefieren callar para no arriesgar su estatus masculino y parecer blandos y femeninos.

Pero en el entramado de la masculinidad tradicional muchos otros costos deben pagarse: la agresividad, la competitividad y la valentía, llevan a los varones a involucrarse en situaciones potencialmente riesgosas, la inexpresividad emocional contribuye a generar trastornos psicosomáticos (especialmente cardiovasculares y gastrointestinales); asumir el rol de sostén y jefe de hogar genera un alto grado de exigencia difícil de cumplir y altamente estresante; se refuerzan conductas nocivas como la ingesta excesiva de tabaco, alcohol y/o drogas; se dificulta solicitar ayuda médica y cuidar la salud (Corsi, 1994), especialmente en el terreno de lo psicológico; se facilita el aislamiento y la expresión de conductas violentas, incluso hacia sí mismos; el promedio de vida es de 6 a 8 años inferior al de las mujeres, etcétera (Kipnis, 1993).

Según Kipnis (Op. Cit) el varón es considerado por la sociedad como el más fuerte, lo cual lo ha llevado a reprimir en todos los sentidos sus verdaderos sentimientos, pensamientos, conductas, etc., por estar acorde con lo que la misma sociedad le exige. Y tal vez el hecho de que siga existiendo esta opresión masculina se deba a que ellos mismos no habían tratado de romper con esa imagen masculina que hace que se sientan superiores al sexo opuesto y que los hace ver como varones sin sentimientos. Al varón y a la mujer se les ha hecho creer que él (el varón) tiene todos los privilegios, aunque en algunos aspectos, como la violencia hacia ellos, nos damos cuenta de que no es cierto todo lo que de ellos se dice, ya que no existen instituciones para varones maltratados que los apoyen, teniendo en este sentido más privilegios y apoyo las mujeres.

Pero el hecho de que la violencia hacia el varón no sea tomada en serio no es toda su culpa, puesto que desde que nacen son tratados y educados para jugar el papel de machos; por ejemplo: los niños en Estados Unidos reciben menos actos demostrativos de afecto por parte de las madres que las niñas. Al varón se le va desprendiendo de algo que la sociedad misma considera que no necesitan los niños como el estar bien nutridos, que sientan la misma seguridad y amor que se les proporciona a las niñas. Y ¿por qué desprender al varón de todo esto?, por el hecho de que él es el fuerte y debe proporcionar seguridad a la mujer sin demostrar debilidad ante nada, si no, cómo quedaría su integridad de varón fuerte.

Hasta en las instituciones, desde las militares hasta las educativas, los varones son considerados y tratados como lo que supuestamente son, el sexo más fuerte emocional y físicamente, además, les imponen castigos más severos que a las mujeres. Dado que esas instituciones son en las que se pasa gran parte del tiempo en la niñez y la juventud, deberían de promover la igualdad entre varón y mujer, y hacerles ver a los alumnos que el llorar, demostrar los sentimientos, etc., no son características propias de uno u otro género y que ambos deben saber escuchar, compartir y respetar al otro.

En el terreno de la violencia sexual, Maher (1990; citado en Trujano, 2002), enfatiza que tanto niñas como niños pueden ser abusados sexualmente, si bien son más frecuentes las denuncias cuando las víctimas son niñas, pues los varones son más resistentes a divulgar el hecho. Esto tiene particular importancia si consideramos que tanto las estadísticas como las investigaciones casi siempre nos hablan de víctimas femeninas, como si la violencia sexual fuera únicamente dirigida hacia ellas, cuando en realidad existen muchos varones que callan; ciertamente, gracias a los movimientos feministas, las mujeres tienen más espacios donde hacerse oír, mientras que los varones parecen silenciados en un mundo que les exige fuerza y valentía, características asociadas a la masculinidad. En el caso del varón abusado sexualmente precisamente lo que

puede entrar en cuestión es su masculinidad, lo cual resulta muy riesgoso, pues representa ir en contra de las normas sociales: atentar contra la masculinidad es atentar contra el estatus masculino y su ejercicio del poder, razón por la cual muchas veces el varón decide callar. En este sentido, hablar o denunciar una agresión sexual podría significar pérdida del prestigio social, humillación, vulnerabilidad, es decir, masculinidad cuestionada gracias a los mitos socioculturales: ¿cómo le pudo ocurrir si éste es un delito contra las mujeres que son débiles y no se pueden defender?, ¿le habrá gustado?, ¿será homosexual? (Trujano, Op. Cit). La exigencia de tener que cumplir con este conjunto de creencias acerca de lo que significa ser un varón de verdad puede generar situaciones de estrés que actúan como factores de riesgo para la salud e incluso para la vida de los varones. No sólo presentan mayor frecuencia de trastornos asociados a aspectos psicosomáticos (cardiovasculares y gastrointestinales) sino que se encuentran más expuestos a accidentes y a diversas formas de conducta arriesgada.

Por todo lo anterior, muchos varones van creciendo con un entrenamiento de personas dominantes e insensibles, escondiendo sus sentimientos para no sentirse fracasados y cargando con lo que ellos llaman "el hechizo de sufrir solos y en silencio" (Kipnis, 1993).

Es así que, tanto mujeres y varones están expuestos a la violencia en sus diferentes modalidades incluyendo la física, la sexual, la psicológica, la económica, la social y la objetal; y es ante esta realidad cuando nos damos cuenta de la gran desigualdad, puesto que las Instituciones existentes han sido formadas para ayuda de las mujeres y casi no hay o no existen Instituciones para ayudar a los varones ante la violencia en contra de ellos, puesto que al varón la mayoría de las veces se le ha considerado como el agresor sin tomar en cuenta que también ellos podían ser agredidos, violados, maltratados, etcétera.

Como hemos visto, se han mencionado algunos comportamientos que tradicionalmente los varones deben seguir para ser considerados masculinos, por lo que, según Seidler (2000) muchas veces tienen que aguantar enormes presiones ya que tienen que aprender a identificarse con una ausencia de necesidades emocionales y por lo tanto a centrar su vida en torno a las exigencias del trabajo, que es donde supuestamente se construye la identidad masculina. Para algunos varones suele ser difícil reconocer que no saben qué sienten porque una parte muy importante de su masculinidad consiste en dar por hecho que tienen que tener la respuesta correcta. Muchos varones están desprovistos de un lenguaje emocional que no les permite identificar y articular su experiencia. Algunos varones suelen experimentar tensión entre lo que necesitan para sí mismos y lo que la cultura les atribuye como necesidades. Parte de esta tensión se ha expresado como ir más allá de la teoría tradicional de los roles, es decir, la idea de un papel social fijo al que muchos varones se han de conformar si no quieren que se piense que su comportamiento es desviado o anormal. Esta formulación rígida del papel masculino actualmente está transformándose para dar cabida a un modelo más fluido, a una concepción más diversa, amplia y respetuosa de la masculinidad. Ya no se espera que la masculinidad sea una sola cosa, puede ser varias porque ahora puede dar cabida a la diversidad, y por eso podemos empezar a hablar de “masculinidades”.

2.3 La masculinidad en México

Después de tantos años de cuestionamiento feminista, la masculinidad está ahora en la mira en muchos países, y México no es la excepción. Según Cruz, Hernández, Medina y Mino (2002), han surgido colectivos de varones que comienzan a reflexionar sobre la condición masculina. Ahora se sabe que la construcción de la masculinidad es todo un proceso social a través del cual los varones aprenden, asimilan, se les imponen o rechazan ciertas conductas de acuerdo con lo que se espera sea su rol en la sociedad. Para responder a la

pregunta ¿cómo se hace un varón?, se ha recurrido a las instituciones "formadoras de varones" y promotoras de un modelo de masculinidad y a organizaciones e investigadores que cuestionan el modelo dominante de masculinidad. Sin embargo, como puede observarse, desafortunadamente en su mayoría siguen fomentando los valores tradicionales, entre ellos, el de la masculinidad:

- ❧ **La Asociación Cristiana de Jóvenes:** Esta asociación refiere que un varón se debe a la formación familiar. El varón es fuerza que debe encauzarse de forma positiva a través de valores como el respeto y la honestidad. La homosexualidad no es culpa de la familia cuando el niño desde pequeño manifiesta esas tendencias, pero sí es responsable de mantener a los niños lejos de influencias de personas gay que, si bien, no pueden cambiarlos, si pueden confundirlos.

- ❧ **Club de Fútbol Americano Cherokees:** En este club los jóvenes aprenden a ser agresivos en la vida. Este deporte es de contacto, por lo tanto no se puede ser dócil, porque si no el enemigo lo vence. Claro que es una agresividad dirigida. Se explota un poco toda esa agresividad que les da su edad y se canaliza al campo de juego y esa formación ruda, de combate, les sirve cuando toman su rumbo y se enseñan a ser varones que no se dejan vencer fácilmente.

- ❧ **Centro de Investigación Social y Tecnología Educativa:** Según el autor en este centro los varones son construidos a partir de una heterosexualidad compulsiva. Durante la infancia se les educa para la heterosexualidad, lo cual convierte la adolescencia en una instancia de verificación de cuán machos son. Hay que demostrar la heterosexualidad de cualquier manera; por ejemplo: hablando de cuántas relaciones sexuales han tenido, el tipo de éstas, y lo exitosos

que son en la práctica sexual. La identidad de los varones se construye desde la diferenciación y la desvalorización de lo femenino, de ahí que se valore el trabajo familiar o doméstico como inferior.

Ψ **Escuela Superior de Guerra:** El autor cita que en esta institución para formarlos, primero se les enseña que todo es conciencia y en segundo lugar se les inculcan los principios morales de disciplina, amor a la patria, amor al trabajo, amor a sus compañeros, en sí, hacer positivo al joven. Pero primero que todo, enseñarles a todos un amor a la patria.

Ψ **Instructor del pentatlón:** La formación de un varón debe empezar por lo que es el espíritu que es la parte más difícil de formar, enseñarle a los niños que tengan la actitud o la capacidad de decisión, y posteriormente el aspecto físico. Los golpes en ocasiones se deben aplicar con los niños, pero hay de golpes a golpes. Hay golpes para hacer daño y otros que se dan para que los niños sepan que tienen que respetar a sus compañeros y saber quién es la autoridad. En el pentatlón no se forman varones sino deportistas. Gente con una idea y un estilo de vida diferentes que aporten a México una cosa que se ha perdido: el amor a la patria, el amor por el deporte, y el amor por la cultura.

Aquí se promueve una guía, un estilo de vida. No se están formando varones porque no se les da la madurez, esa la da el tiempo. Aquí se les da la educación, la caballerosidad, la integridad moral, el aspecto físico. Si una persona es caballerosa, tiene amor intenso a su patria y respeto por los demás, entonces eso es un varón. En cuanto a las mujeres, éstas son un complemento especial en cualquier sociedad, por ejemplo, en los Boys Scouts, en el ejército, en el pentatlón, en una

escuela, en la iglesia, en cualquier lugar el complemento de una mujer siempre va a servir para cualquier aspecto de la vida. El objeto de la asociación es formar el carácter de niños y jóvenes para hacerlos varones de bien para su familia, su patria y su comunidad. La asociación se basa en tres principios: deberes con los demás, con Dios y con ellos mismos. Mucho de este movimiento está basado en la mística, en los retos, en la aventura, en la fantasía. Lo que se hace es motivarlos para que busquen más retos, se les hacen pruebas y van obteniendo reconocimientos.

Ψ Asociación Nacional Mexicana de Scouts: Ante todo lo que se maneja es la disciplina y el respeto al joven, se manejan cuestiones de ética para que los muchachos no adquieran malos hábitos, se les habla fuerte pero con respeto. Se les inculca espíritu de servicio. Se forman varones mediante un proceso muy complejo que involucra toda una pedagogía para el privilegio, un entrenamiento corporal y de organización de las emociones, se les apropia de ciertas propuestas de identidad masculina y de rechazo hacia otras; no son pasivos, se van tomando opciones y, a veces, se está en contra de este entrenamiento para la ideología de la masculinidad creando alternativas. Es un entrenamiento que dura años y tiene que ver con el contener las emociones, con construir una "armadura emocional", es decir, se les aleja de emociones que se consideran inapropiadas para los varones. La homofobia y la misoginia son dos dispositivos de poder que regulan la identidad masculina tradicional autoritaria, porque significan estar constantemente castigando, violentando lo que socialmente se considera femenino en los varones, así como un profundo e irracional miedo a la intimidad con otros varones, con quienes se supone homosexuales o de cuya masculinidad se sospecha. Estos dispositivos de poder sirven para regular la identidad

masculina de acuerdo con un modelo dominante, profundamente autoritario y empobrecedor de la condición humana.

Como puede observarse, en la construcción de la masculinidad tradicional interfieren intereses tanto políticos como económicos y hasta muchas instituciones educativas promueven los roles tradicionales de desigualdad que les son impuestos tanto al niño como a la niña. Algunas de estas instituciones buscan su propio beneficio y del país, otras quizás el beneficio del mismo hombre.

Por lo tanto, la masculinidad puede entenderse como un proceso evolutivo y cambiante de acuerdo al momento histórico, social y cultural en que se desarrolla, y a las necesidades y demandas que a los varones se les exigen en cuanto a preservar su estatus en todas aquellas instancias que conforman la sociedad (políticas, económicas, laborales, religiosas, familiares, etc.). Es en este sentido que se puede pensar en que las condiciones sociales actuales todavía dificultan encaminarse hacia el planteamiento de Nuevas Masculinidades que permitan llegar a una mejor comprensión de lo que varones y mujeres van redefiniendo con respecto a las relaciones que se establecen en el entorno, en un marco más respetuoso e igualitario, menos estigmatizante, rígido y patologizante. Reconstruir la masculinidad conlleva explicitar el coste y la alienación que viven los varones en las relaciones con sus congéneres, varones y mujeres; ya que lejos de determinismos biológicos, una gran puerta está abierta, porque si la masculinidad se construye, también se puede reconstruir de manera crítica y reflexiva.

Dentro de las características de rol estereotipado que con más urgencia debemos atender es la violencia como manifestación básica de la masculinidad tradicional, que desafortunadamente, es un aspecto que se relaciona con la fuerza, la virilidad y el dominio sobre el otro, actitudes que como ya se había mencionado, todo varón, para ser considerado masculino, se supone debe poseer. Por lo que en el siguiente apartado se expone el tema de la violencia.

Capítulo 3. El varón violento

3.1 Violencia

En el presente capítulo se analizan las diferentes perspectivas que tienen algunos autores sobre el proceso que puede llevar a los varones a recurrir a la violencia, y su relación con una educación tradicional de género, así como con los estereotipos y demandas sociales de “lo masculino”.

Según Carbonell (2002) de acuerdo con la definición del diccionario, por violencia se entiende: cualidad de violento, acción y efecto de violento o violentarse, acción violenta o contra el natural modo de proceder y acción de violar a una mujer. La raíz etimológica del término violencia remite al concepto fuerza. Por violencia se entiende la utilización de la fuerza física o verbal para conseguir un determinado fin en un conflicto. Violencia es obligar o forzar a una persona, en cualquier situación, a hacer algo en contra de su voluntad. Tal y como afirma Corsi (en Carbonell, Op. Cit), en sus múltiples manifestaciones, la violencia siempre es una forma de ejercicio de poder mediante el empleo de la fuerza, e implica la existencia de un arriba y un abajo, reales simbólicos, que adaptan habitualmente la forma de roles complementarios: padre-hijo, varón-mujer, maestro-alumno, patrón -empleado, etcétera.

Asimismo, Cabral y García (1999) mencionan que hablar de violencia es hablar de fuerza, del uso de la fuerza generalmente con intencionalidad agresiva, manifiesta o encubierta, de someter a otro (a) y ocasionarle daño físico, psíquico, sexual, material; se manifiesta en cualquier ámbito de la vida individual y social e implica múltiples formas de manifestarse, pero sea cual sea su rostro, expresa amenaza, ofensa, daño, maltrato, coacción, abuso, hostilidad, control, ataque, destrucción, sufrimiento, dolor... y, fundamentalmente, violación de los derechos humanos. Se reafirma la noción de la violencia como cultura dominante ejercida

mayoritariamente por los varones con una fuerte carga de significación valorativa inscrita en la estructura patriarcal que atraviesa la concepción androcéntrica y sexista de la cultura occidental, y fundamentalmente anclada en una visión fragmentaria del mundo, que entre sus divisiones nos ha separado desigualmente en varones y mujeres. Las representaciones sociosimbólicas (sistemas de valores, creencias, imágenes, pensamientos, lenguaje cotidiano, formas de relación y prácticas sociales), proporcionan a varones y mujeres los códigos para nombrar y clasificar el mundo, así como su historia individual y grupal.

La violencia como forma de relación social es cada vez más frecuente, con una elevada incidencia en todos los estratos sociales, y cobra múltiples expresiones infiltradas en el tejido social, invadiendo la vida pública y privada: los actos, el lenguaje, las relaciones, nuestras prácticas, e incluso, los resquicios íntimos de la vida cotidiana, formando parte de la expresión agresiva de nuestras emociones (reacciones de rabia, ira, frustración, miedo, ansiedad, conflictos y diversidad de acciones, complicidades y omisiones). La violencia está inscrita y modelada en la cultura, internalizada en nuestras mentes y objetivada en prácticas sociales, con tan profundo impacto en la vida individual e interpersonal y colectiva, que se ha ido imponiendo como forma de cultura dominante.

Hacker (1973; citado en Jaidar, 1997), señala que la violencia se ha convertido para algunos en un hecho cotidiano, natural, trivial, en algo sin importancia y reclama en nuestras ideas y sentimientos el derecho de la costumbre, de lo tradicionalmente inevitable. El comportamiento agresivo en el varón tiene múltiples causas desencadenantes y efectos múltiples. La violencia sirve a la función individual y colectiva de adaptación, preservando la integridad del individuo y del grupo. Las transformaciones del comportamiento agresivo se producen por alteración de las influencias mutuas surgidas de muchos centros de estímulo y freno, de represión y antirrepresión. La violencia es una forma

fundamental de conducta que puede ser desencadenada, intensificada o atenuada por el dolor, el miedo, la ira, la provocación, la amenaza de una pérdida de importancia jerárquica, la sobrepoblación y otros estímulos interiores y exteriores, y puede ser influida de un modo decisivo por experiencias de aprendizaje.

Jaidar (1997), refiere que en los tiempos presentes en que la violencia parece apoderarse del mundo, en que su incremento a nivel nacional y mundial se torna aterrador, profesionales de diferentes ramas de las ciencias humanas buscan la naturaleza, causa y explicación de este hecho social. Sin embargo, a pesar de estas búsquedas, la violencia como fenómeno humano rebasa cualquier teorización e investigación, pareciera que no se encuentran alternativas o sugerencias para una intervención social efectiva, desde los aportes de la ciencia, que ayude a la reducción de esta inquietante situación que muestra ya signos de epidemia. Asimismo Jaidar (Op. Cit), considera que la violencia está determinada en gran parte por las características sociales, y que es preciso analizar las circunstancias actuales que incrementan la capacidad de violencia del ser humano, y a su vez encontrar la relación que existe entre la fascinación que hay en la actualidad con los hechos violentos con una reminiscencia de la fascinación con los mitos primordiales degradados, para finalmente poder sugerir maneras de intervención social que desde ciertos niveles como el educativo y el familiar detengan y prevengan esta grave contaminación.

Para Carbonell (2002), algunos elementos que explican que la violencia se dé cotidiana y habitualmente, y que al mismo tiempo sean tan desconocidos, son esencialmente: el sexismo cultural transmitido a través de mecanismos de control social, formal e informal, en el proceso de socialización por parte de la familia; la escuela, las instituciones políticas, religiosas y administrativas, así como por el medio laboral. Con toda esta maquinaria, la sociedad presiona para que las personas piensen y actúen de forma diferente, ya sean varones o mujeres. La violencia ejercida hacia las mujeres o contra las personas mayores, entre padres e

hijos, entre hermanos, etc., sucede de personas a personas, y es el resultado de los conflictos que surgen entre los elementos que constituyen la misma relación afectiva que los une.

Por su parte, Pimentel (1997; citado en Jaidar, 1997) menciona que dentro del universo simbólico, tanto la violencia como el género son construcciones regidas por condiciones sociales específicas, con un carácter histórico concreto, dentro de un marco de normas, valores, intereses, cosmovisiones, etc., características de cada cultura. Si nos remitimos a la cultura como simiente de la condición humana y a todo lo que nos rodea como su producción cultural, veremos que todo proceso de vida es un proceso cultural y que todo sujeto genera, aprende y vive a través de su cultura. Los varones así como las mujeres adquieren una ideología, una filosofía, una religión... que aun siendo las mismas para todos, a partir de su condición genérica son vividas, sentidas y pensadas de forma muy diferente. Si unimos la violencia a la condición de género, veremos que atrás de ambas hay una construcción social que les permite cumplir con la función de preservar el orden social establecido a favor de los intereses dominantes. Tanto el individuo como la sociedad crean un sistema de pensamientos en los que ambos creen; poco importa que sea real o no, lo importante es la coherencia, la lógica y el sentido que tiene en la vida de cada sujeto. Este sistema de ideas, de símbolos, etc., se convierte en "el deber ser" de una sociedad, estableciendo normas creencias, mitos, discursos..., que provocan un efecto de totalización.

La instauración de este orden a nivel cultural naturaliza hechos que son socialmente contruados, ubicándolos en un estatuto de incuestionabilidad. Aquello que es obligatorio se vive como natural y es tan íntimo al sujeto que no se ve lo arbitrario del funcionamiento, creando una especie de invisibilización. La sociedad instaaura sus reglas dando paso a la experiencia de la obligatoriedad en el "así es", imponiéndose como algo dado e imperativo, como entidad moral, que dota de sentido el cual se da a partir de la interacción cotidiana, de la convergencia con la

comunidad, creando un efecto sentido que no puede configurarse en la individualidad y que se experimenta como algo que viene de fuera, pero que a la vez es intrínseco a la vida social aunque paradójicamente ajeno a lo individual. La violencia es una construcción justificada en el campo social que genera las condiciones en que se puede producir; pero si este hecho además se da contra la mujer, el acto queda exculpado por el estatuto de inferioridad genérica que se le asigna. Según el autor el poder ejercido por el varón está más que justificado, valorado y esperado, volviéndose una demanda social para demostrar que es muy macho, que es agresivo; contrario a lo que se le pide a la mujer: docilidad, mansedumbre, sumisión, etc., ideales forjados por la cultura, especialmente para ella.

El interés de algunos autores sobre el tema, ha llevado a tratar de definir y explicar diversas cuestiones referentes a la violencia. Alsina y Borrás (en Carabí y Segarra, 2000), citan que las teorías que se han formulado para tratar de dar una explicación a este problema pueden dividirse en dos grandes categorías: las teorías activas, que sitúan el origen de la agresión en los impulsos internos y hablan de una violencia innata, consubstancial a la especie humana, algunos de los autores más representativos de este posicionamiento son Robert Ardrey, *African genesis*, Atheneum, 1961; *The territorial imperative*, Atheneum, 1966, y Konrad Lorenz 1966, *On agresión*, Harcourt, Brace & World; y las teorías reactivas, cuyos autores defensores de esta tendencia M. F. Ashley Montagu y Luis Rojas Marcos ubican el origen de la agresión en el medio que rodea al individuo y la perciben como una reacción de emergencia frente a los acontecimientos ambientales o sociales, entre algunos autores defensores de esta teoría se encuentran.

3.2 Etiología

Para Jaidar (1997) el término violencia, en su acepción más amplia, se

asocia con el de fuerza, y en este sentido lo mismo puede referirse a la violencia de las fuerzas de la naturaleza que a la de pasiones o acciones humanas. Etimológicamente, violencia proviene de fuerza y poder. Con este criterio toda violencia implica un ejercicio del poder, y toda manifestación de poder es violenta, la violencia es el abuso de cualquier forma de fuerza dirigida a sujetos, grupos o sociedades, con el fin de someterlos para obtener de ellos lo que de otra manera no podría ser obtenido (referido esto al abuso y no simplemente al uso de la fuerza física). Es decir, considera que el abuso de la fuerza como medio y el sometimiento como fin son definitorios de la violencia, y permiten discriminarla, de otras formas de control y de otros fines.

De acuerdo a lo anterior Jaidar (1997), Cabral y García (1999) así como Ramírez (2004), mencionan diversos estudios teóricos y experimentales que han construido los saberes científicos sobre la violencia, dentro de los cuales ha existido una gran controversia, por décadas, con respecto al origen de la misma, entre estas posturas se encuentran: las biologicistas, las psicológicas y las sociológicas, y dentro de esta última entra la perspectiva de género:

❧ **Las posturas biologicistas:** Sostienen que las raíces instintivas de la violencia son innatas en los seres humanos y compartidas en gran medida con los animales. La tesis central de los científicos que siguen las ideas instintivas, como Lorenz (en Jaidar, 1997), postulan que toda manifestación de violencia y agresión humana surge de nuestra naturaleza animal, de nuestros instintos. Como se observa este modelo del comportamiento humano está fundamentado en una concepción determinista de la violencia que ha biologizado los comportamientos bajo una visión esencialista acerca de la naturaleza del varón violento como condición genética. Dentro de este modelo cabe destacar las concepciones instintivistas posdarwinianas y, más recientemente, la sociobiología.

Se puede definir la violencia desde una explicación biológica como una respuesta de supervivencia de un individuo u organismo a su medio ambiente. El medio ambiente está lleno de peligros naturales como el hambre, sed, picaduras de insectos y animales ponzoñosos o ataques de perros, lobos y otros. Para poder sobrevivir a estos eventos naturales, en muchas ocasiones es necesario actuar de manera violenta; por ejemplo, para satisfacer el hambre una persona puede matar a un animal y comérselo. Esta violencia es parte de la cadena de supervivencia y por lo tanto, en este contexto, es válida. Esta idea es importante porque ayuda a entender las razones por las que una persona cree que tiene que ser violenta con otra.

Diversos profesionistas afirman que la violencia es parte de la estructura biológica del varón. Dicha postura supone que, para sobrevivir, el varón ha tenido que ser violento y por lo tanto desarrollar su agresividad. De esta forma, se cree que el varón es violento porque está genéticamente propenso a serlo, pues es mediante esta violencia como ha podido sobrevivir.

☪ **Las posturas psicológicas:** Dentro de estas posturas se menciona el modelo psicoanalítico, el cual, por ejemplo, estudia la violencia asociada con motivaciones inconscientes. Freud (en Cabral y García, 1999) en su teoría inicial sobre las pulsiones, formula una nueva teoría sobre la pulsión que incluye la pulsión de muerte en el ser humano, la cual supone genera una gran cantidad de energía difícil de descargar adecuadamente, de ahí que el individuo violento no logre descargar su energía de una manera socialmente aceptable, como se observa esta teoría se aproxima a la teoría instintivista sólo que la lleva a su dimensión psíquica.

Por otra parte, Cabral y García (Op. Cit) mencionan que el

conductismo sobre todo el mecanicista de corte pavloviano y skinneriano, así como el neoconductismo (que han desarrollado prácticas de control y modificación de conducta, incluso aversivas), en general estudian el problema de la violencia como expresión de conducta agresiva aprendida en asociación con situaciones de frustración, conflicto, aversión, extinción, y castigo, dentro de un esquema de aprendizaje por condicionamiento clásico(estímulo-respuesta) u operante (respuesta -consecuencia: reforzamiento, o castigo). Así la violencia es una respuestas a la frustración, si el ser humano no satisface sus objetivos o metas, esto lo conducirá a sentirse frustrado causa suficiente para responder con violencia. Es más se argumenta que todo acto de violencia tiene su origen en frustraciones anteriores.

Sin dejar de reconocer los aportes de las distintas disciplinas teóricas en el enfoque y tratamiento de la violencia, y lejos de minimizar la influencia determinante de los saberes filosóficos y religiosos en la concepción y práctica de la misma, hay que destacar cómo se articulan los saberes científicos en su función legitimadora de la violencia, que contribuyen a institucionalizar una concepción biológica y esencialista de la violencia que la normaliza, la acepta y justifica. Pero aunque aparentemente estas posturas teóricas podrían desesperanzarnos por mostrar que así somos, que así es nuestra sociedad y no hay nada que hacer, tienen al mismo tiempo un efecto apaciguador, calman la angustia que surge de la responsabilidad que se tiene frente al hecho social, moral y humano.

El poder de estos discursos científicos atraviesa instituciones, prácticas e incluso el imaginario colectivo en forma de arraigadas creencias, hábitos de pensamiento, opiniones, proverbios y actitudes como por ejemplo que el varón es violento por naturaleza. Así como también las prácticas sociales aprendidas e internalizadas por varones y mujeres para

dar forma y sentido a su propia existencia, objetivadas en las relaciones de género en términos de un diferencial de poder y situación de vulnerabilidad y alto riesgo -en particular las mujeres, ancianos (as) y niños (as)-, convertidas en prácticas específicas de dominio-sumisión con la prerrogativa masculina del derecho de controlar, y el derecho de castigar como un privilegio de poder. Una afirmación de su género ante la necesidad creada del varón en nuestra cultura de afirmar (se) en su masculinidad y expresar su virilidad, tomando distancia de lo femenino (ternura, expresión de afecto, atención y cuidado); mientras en las mujeres se fomentan sentimientos de inferioridad, pasividad y culpabilización frente a situaciones de violencia, así como permitir (se) la negación y violación de los derechos como humanas. También está la unidad discursiva, en la cual se incluyen los estudios de aprendizaje social de la agresión y la violencia bajo situaciones de aprendizaje mediante la observación, imitación y modelamiento de conductas agresivas. A partir de ahí, se analiza cómo se plantean diferentes formas de prevención, control y eliminación de conductas agresivas. Dentro de este marco de explicación se entiende que así como se aprende a ser violento, también se puede aprender a no serlo. Existen otros tipos de investigaciones sobre la violencia derivados de la psicología social, de la criminología y, más recientemente, de la especialidad de victimología, a partir del reconocimiento de que hay más víctimas (familias, mujeres, niñas y niños) que victimarios.

📌 **Las posturas sociológicas:** En contraparte con la controversia instintivista o biologicista se encuentra la sociológica, que busca la explicación y posibles soluciones en el entramado social. Es sorprendente la enorme especulación y denuncia que existe sobre la responsabilidad y causa de la violencia de los grupos sociales, principalmente los que ejercen el poder; según Jaidar (1997), actualmente en México, la mayor parte de la violencia ciudadana es ejercida por jóvenes entre 16 y 25 años, algunos de ellos

jóvenes marginados del proceso social y educativo, y productos de desorganización familiar y social, sin esperanzas sobre su propio futuro, en medio de procesos sociales y políticos de ética y moral en descomposición.

Algunos autores como Barreiro y Pereyra (1974; en Jaidar, Op. Cit) reservan el término violencia para referirse a condiciones sociales de desigualdad, opresión e injusticia y al uso de los aparatos represivos de dominación -como el ejército, la policía y el sistema carcelario- para mantenerlas. Agregan a esto las posibles respuestas sociales que tales condiciones pueden generar, como la delincuencia o distintas formas de movilización y rebeldía social. Estos autores utilizan el concepto de violencia para referirse básicamente al ámbito de lo social y plantean que la violencia es una forma de abuso del poder que implica el uso de la fuerza física o instrumental, ejercida en forma organizada y confines de dominio, es decir, con el objetivo de lograr el sometimiento de individuos, grupos o sociedades enteras. Con estas delimitaciones se incluyen formas estructurales e institucionales de control y sus posibles respuestas sociales.

Dentro la postura social se encuentra la **perspectiva de género**, la cual incluye fundamentalmente los estudios generados dentro de los movimientos feministas, sobre todo, los primeros planteamientos de las feministas radicales y los más recientes estudios de género. La crítica feminista al modelo patriarcal y sexista ha sido determinante en la denuncia de la violencia de género, que permanecía oculta tras su naturalización en la mayoría de los estudios y, en particular, los de la primera unidad en su función legitimadora. La investigación de género ha develado una lógica de racionalidad androcéntrica que implica, y explica a su vez, la génesis, el refuerzo y el mantenimiento de las relaciones asimétricas de poder entre varones y mujeres, ancladas en arraigadas creencias, actitudes, emociones y conductas (mentalizadas y expresadas) con fuerte carga de inferioridad y

discriminación de y hacia las mujeres. Por medio de las historias de vida (entrevista profunda, sin ser estructurada, por lo que el entrevistado tiene mayor libertad de contar su historia), de las mujeres maltratadas, se sabe cómo se va evidenciando la violencia de género en múltiples manifestaciones y cómo se constituye en uno de los elementos clave para mantener privilegios, control, dominio y sostenimiento del orden jerárquico de la estructura patriarcal.

Para Ramírez (en Montesinos, 2002), el género se construye mediante la socialización diferencial en el espacio privilegiado para detentar el poder, y es la base fundamental del aprendizaje de la violencia como parte de la construcción de la masculinidad y la feminidad. Lo que significa que, a partir del hecho biológico de las diferencias sexuales en cuerpos sexuados: macho y hembra, esta diferenciación se convierte en la mayor excusa biológico-histórica de virilización de la cultura para dividir a los seres humanos en dos clases sexuales bien diferenciadas, varón y mujer, escindidos en dos géneros socialmente contruidos, masculino-femenino; y establecer en coherencia con el orden del discurso social dominante, profundas desigualdades e injusticias sociales entre los varones y las mujeres, cuyo devenir sociocultural delata una historia de relaciones de dominación a la que subyace el poder.

Así es que como se observa, los varones no son prisioneros y productos del cromosoma **Y**, ni de la testosterona. Según Clare (2000), la violencia humana no se distribuye de una manera que sugiera que es fundamentalmente innata. Las variaciones culturales son considerables. Algunas sociedades son sumamente violentas, otras mucho menos. El contagio de tanta violencia se refleja en la medida en que los niños son a menudo testigos de la violencia doméstica y colectiva y, a su vez, normalizan el recurso de la violencia cuando se convierten en jóvenes y adultos.

3.3 Tipos de violencia

En general, cuando se habla de violencia se tiende a pensar en sus formas más obvias y graves, pero para la institución CORIAC (1995, citado en Trujano, 2001) y Ramírez (2004) actualmente, se reconocen seis modalidades: violencia física, violencia sexual, violencia psicológica o emocional, violencia financiera o económica, violencia social y violencia objetal:

Ψ Violencia física: Es una invasión del espacio físico de la otra persona y puede hacerse de dos maneras: por el contacto directo con el cuerpo de la otra persona mediante golpes, empujones y jalones. Y limitar sus movimientos de diversas formas: encerrarla, provocarle lesiones con armas de fuego o punzo-cortantes, aventarle objetos y producirle la muerte. La violencia física tiene un impacto directo en el cuerpo de la persona maltratada, ya que se pueden producir daños como hematomas, fracturas, lesiones internas o externas, conmoción cerebral, etc. Aunque el espacio emocional es el más afectado. Además, la violencia física también daña otros espacios de la persona maltratada. El espacio social es afectado porque la persona se siente avergonzada por los moretones que tiene y entonces limita sus contactos sociales.

Ψ Violencia sexual: Se ejerce al imponer ideas por medio de la violencia verbal y actos sexuales (no consentidos) a otra persona, hostigamiento, actos abusivos, tocamientos, exposición, denigración o violencia sexual, que es realizada mediante la fuerza física, violando a la persona. Cabe mencionar que la violencia no es solo hacia las mujeres, también existen varones violados y generalmente el violador es otro varón, aunque ya existan casos de varones violados por mujeres.

Ψ Violencia psicológica o emocional: Tiene como objetivo destruir los

sentimientos y la autoestima de la persona afectada utilizando la humillación, intimidación, insultos, amenazas, indiferencia, retiro de afecto, críticas, acusaciones, etc., haciéndola dudar de su propia realidad y limitando sus recursos para sobrevivir.

📄 **Violencia económica o financiera:** Se caracteriza por el control de los recursos económicos, el ocultamiento de información relativa a los gastos (en este caso a la pareja), la exclusión en la toma de decisiones, etcétera.

📄 **Violencia social:** Incluye la vigilancia y restricción del entorno de la pareja, aislarla, impedirle el contacto de familiares y amigos y celarla de manera exagerada entre otros. Así como también el uso de palabras o ruidos vocales para afectar y dañar al sujeto, hacerle creer que está equivocada o hablar en falso de la persona.

📄 **Violencia objetal:** Este tipo de violencia incluye esconder, registrar, o dañar pertenencias. Desaparecer o romper objetos preferidos, lastimar a sus mascotas; y en general aquellas actividades tendientes a producir sufrimiento a través de las propiedades del otro.

Por lo general, estas cuatro formas de violencia son empleadas en forma progresiva. La violencia emocional desequilibra a la persona, quien empieza a dudar de su habilidad para procesar la información que recibe, y por lo tanto la deja expuesta a ser controlada. Este tipo de violencia funciona al imponer las ideas de una persona sobre la otra. Si la persona rehúsa dejarse controlar por medios supuestamente sutiles, el agresor puede avanzar y comenzar a utilizar métodos más claros, como la violencia social, financiera u objetal. Si aun así la persona no se deja controlar y se opone abiertamente, entonces el agresor suele utilizar el último recurso: la violencia física.

Por todo ello es importante, tratar de esclarecer por qué los varones llegan a atacar con violencia, ya que esto podría guiar a la construcción de programas de tratamiento, sobre todo para los varones, ya que la mayoría de los actos violentos son ejecutados por ellos. Muchos varones viven el mito de superioridad sobre la naturaleza, y como el mito no tiene comienzo ni final, debe ser absoluto y real. Para asumir su responsabilidad, el varón tiene que aceptar primero que es él quien genera y decide ejercer su violencia (Ramírez, 2004).

3.4 Mitos machistas

Jaidar (1997), considera que en la actualidad los estudiosos de la “psique” aceptan los significados inconscientes de los mitos, de los cuales desde este punto de vista, se simbolizan los deseos, los miedos y anhelos más arcaicos del varón y la colectividad. Pero no sólo eso, si se leen cuidadosamente, los mitos nos muestran la forma de dar sentido y satisfacción simbólica al deseo humano y dirigir su destino, algunos mitos son los comunicadores de la sabiduría de la humanidad. Los mitos han servido para mantener las culturas y las sociedades a través de los siglos, equilibrando sus fuerzas de destrucción y creatividad. Han educado y formado a numerosas generaciones, el niño o el joven recibían y reciben aun en muchas culturas, las líneas culturales para poder vivir en sociedad, y esto es así porque los mitos tocan las esencias de la vida.

Ramírez (2004), refiere que el varón comparado con la mujer, es naturalmente más agresivo solo por tener más fuerza física y tener el papel de protector. Así, cuando se encuentra en situaciones de presión, es “natural” que el varón responda en forma agresiva, y violenta. Muchos varones son entrenados desde muy pequeños para ser los varones-dueños-jefes-padres que tomarán algún día el papel que su padre lleva mientras él es niño. A los pocos años de edad se encuentran en la situación de tener que decidir si quiere aliarse con los que dirigen o con las que son dirigidas y, dadas las circunstancias, la respuesta es

lógica. Al niño muchas veces no se le dan alternativas, y cuando llega a relacionarse con otras personas, especialmente del otro género, lo hace desde esa posición dicotómica en que dirige o es dirigido. Esta decisión está basada no solamente en su aprendizaje de lo que se supone que debe de ser un varón, sino en su propia experiencia de haber sobrevivido él mismo al varón- dueño-jefe-padre en su propia vida.

Es así que tanto la mujer como el varón son víctimas de la misma sociedad tradicional que los ha etiquetado: a la mujer como la débil, sumisa y obediente y al varón como el fuerte, dominante y macho. Lo cual ha traído como consecuencia que estas etiquetas que han ido interiorizando les puedan causar daños tanto psicológicos como biológicos al tener que comportarse de la forma en que los otros esperan y como lo han ido aprendiendo en su desarrollo de niños a varones y de niñas a mujeres. De tal forma que a la mayoría no les es fácil demostrar sus verdaderos sentimientos o lo que piensan en la relación con su pareja o fuera de esta, hacia aquellas personas que les rodean y que los quieren.

Pero a base del esfuerzo de muchas mujeres (y de cada vez más varones) se han logrado grandes cambios, ya que hay más instituciones que protegen a la mujer, contrario al varón, que ha quedado desamparado. Quizás el hecho de que existan pocas denuncias de maltrato hacia el varón y de que no existan instituciones a las que éstos puedan acudir, puede ser debido a estos mitos. Con los movimientos feministas se buscaba un cambio favorable para las mujeres, pero sin dejar de tomar en cuenta al varón; un cambio que traería beneficios para ambos, tanto como individuos y como pareja. Se pretendía que hubiera avances positivos, pero al parecer algunas mujeres lo tomaron como una forma de venganza a tantos años de sumisión. Pero para que exista la igualdad y el respeto que tanto se ha peleado entre varones y mujeres, no es necesario recurrir a la violencia; es posible cambiar de manera positiva aquellas conductas como el sometimiento, o pensamientos como "no voy a dejarme someter por el otro (a)",

así como los sentimientos negativos como la venganza, que no dejan que exista un verdadero avance hacia la equidad y que solo llevan al dolor y al sufrimiento tanto de la familia como del individuo mismo.

3.5 Algunos factores facilitadores de la violencia

En estos tiempos el aumento de la violencia provoca en la sociedad sentimientos sumamente inquietantes, temor, miedo, impotencia, venganza y enojo; sin embargo, pareciera que al mismo tiempo se genera en los medios de comunicación y en la educación una atracción hacia los hechos violentos, hacia lo corrupto y destructor. Si bien es innegable que se espera y desea que se ponga un límite a esta situación por la propia seguridad, la violencia expresada a través de estos medios amenaza en convertirse en plaga que fascina (Jaidar, 1997).

Algunos factores que influyen en el aprendizaje de la violencia comprenden los aspectos psicológicos, familiares, sociales y culturales, dentro de los cuales cabe mencionar a los medios de comunicación y a la educación.

3.5.1 Aspectos psicológicos

Según Clare (2000) las explicaciones psicológicas más comunes dicen que el varón sufre de una disfunción psicológica que lo hace sentir vulnerable, inseguro y con baja autoestima; por lo cual, tiene que sobrecompensar mediante la violencia, al enfrentarse con su pareja, para afirmarse un valor. En muchas ocasiones, los terapeutas buscan la explicación a esta inseguridad en su infancia y en los problemas que vivió al crecer. Asumen que por el hecho de observar violencia en su hogar, él mismo será violento. Suponen que al resolver su enfermedad psicológica, el varón dejará de ser violento, pues la causa de sus reacciones agresivas será resuelta. Al obtener autoestima no tendrá razón para ser violento con su pareja, pues si se siente seguro de ser quien es y de su valor,

las acciones de su pareja no lo afectarán tanto. También se menciona al problema psiquiátrico, el cual subordina el estudio de la violencia a una concepción de enfermedad mental, reduciéndola a patologías (anormalidades como adicciones: alcohol, drogas, etc.), cuyas técnicas de poder se implantaron en algunos tipos de terapias neurológicas y psiquiátricas para el tratamiento de delincuentes. Pero resulta muy fácil culpar a su infancia o a la presión psicológica a la que está sometido, asumiendo que su conducta violenta es sólo el resultado de la influencia de su historia y que él es una parte pasiva en el proceso. Si el varón se siente vulnerable y con baja autoestima la pregunta debería ser: ¿por qué se siente así? En lugar de tratar de encontrar un desajuste interno, sería mejor buscar un desajuste externo en el que el individuo se mide con otras personas y esto ubica el problema en los espacios social y cultural. En este sentido, es preciso:

- ❧ Que el trabajo que se ha realizado de los elementos claves del problema, con el objetivo fundamental de fomentar cambios en las subjetividades y en las mentalidades sobre todo de los varones pero también de las mismas mujeres, permita o sirva para identificar y sacar a la luz lo que permanece oculto tras los saberes y su vinculación con el poder y las prácticas sociales de la violencia.
- ❧ Generar un movimiento colectivo de toma de consciencia sobre la violencia masculina como un problema a resolver, entre las mujeres y los varones.
- ❧ Promover un proceso de formación, capacitación y reformas de los procedimientos en el ámbito de los aparatos del estado, desde la perspectiva de género (sobre todo entre los funcionarios (as) de justicia, policial, médico asistencial, docente, etc.), a fin de que cualquier acto de la violencia, sea esta física, sexual, psicológica, económica, social u objetal , y que se presente en cualquier ámbito, intrafamiliar, en la calle, en el trabajo... sea entendida y atendida con criterios de justicia y de equidad

social.

- Ψ Generar acciones colectivas y solidarias de las mujeres y de los varones en torno a la violencia.

- Ψ Promover la denuncia de la violencia en todas sus formas de expresión y sutilezas.

3.5.2 Aspectos familiares

El concepto que tenemos en el mundo occidental moderno sobre la familia se asocia con amor y protección incondicionales. La familia se ha convertido, en el mundo occidental moderno, en un espacio mítico de armonía en el que cualquier manifestación de conflicto, agresión o violencia son consideradas una desviación o una expresión de maldad o enfermedad. Pero el conflicto es un componente intrínseco a los vínculos humanos, porque expresan las diferencias de los sujetos en cuanto a sus deseos, intereses, valores y formas de construir la realidad. Por supuesto, los miembros de las familias comparten, teniendo o no conciencia de ello, muchos de estos factores. En el sentido delimitado, las familias son un espacio particularmente proclive al surgimiento de conflictos, es decir, a que las diferencias entre los sujetos se generen, se manifiesten y demanden solución.

Aunque todo grupo humano es un espacio de conflicto potencial, en las sociedades occidentales urbanas modernas la vida familiar transcurre bajo determinadas condiciones que facilitan que algunos de sus momentos y características se conviertan, con una alta probabilidad, en fuentes de conflicto, como podrían ser por ejemplo, la intensidad de los vínculos afectivos, tanto en las relaciones de pareja como con los hijos y de los hijos entre sí, particularmente cuando se espera que sean relaciones armoniosas; la convivencia por periodos de tiempo prolongados bajo los mismos y con frecuencia reducidos espacios físicos;

la diversidad de deseos, intereses, opiniones y valores de sus miembros según sus funciones, edades y sexo, en una sociedad que idealmente propone que todos debieran ser atendidos y satisfechos por igual, aunque no sostenga opciones reales para ello; la falta de claridad en la definición de los vínculos entre los miembros de la pareja o en la estructura jerárquica de las relaciones entre padres e hijos que, al plantearse como deseablemente horizontales, con frecuencia remiten a confusión y dificultan el establecimiento de límites.

Es así que el conflicto está potencialmente presente en las relaciones humanas, pero estas condiciones de la vida familiar son factores que incrementan considerablemente la posibilidad de que surja con frecuencia, explosivamente, y de que se le enfrente en forma inoperante y lesiva. Es decir, el conflicto en sí mismo, en tanto mera manifestación de diferencias, no tendría por qué ser causa de agresión, pero en la medida en que se viva como amenazante y se juegue en él el control, es muy probable que se le enfrente con distintas formas de agresión. Son las formas de enfrentar el conflicto y no el conflicto mismo lo que puede convertirse en problema. La invisibilización de las causales de orden social, la dificultad para tolerar las diferencias, el temor a la pérdida de un lugar, de la autoridad, del control, convierte tales momentos y características familiares en factores de riesgo para el surgimiento de tentativas inadecuadas y en ocasiones peligrosas de disolución de la tensión que, lejos de construir soluciones sólo enmascaran, eluden, posponen o hasta acrecientan el conflicto y pueden llevar a la familia a su total destrucción o, tal vez peor aún, a una convivencia permanentemente hostil de la que los jóvenes suelen escapar en cuanto les es posible, repitiendo después las formas aprendidas (Jaidar, 1997).

3.5.3 Aspectos sociales y culturales

En las últimas décadas, y en el contexto de las luchas de las mujeres por la igualdad, y por el derecho a la diferencia, se han dado cita diversos estudios e

investigaciones cuyo objetivo es analizar cómo en nuestras sociedades el poder y el saber se han conjugado casi siempre en masculino y cómo el androcentrismo lingüístico y cultural ha construido a lo largo de los siglos, y aún construye hoy en día, la dominación masculina y la discriminación de la mayoría de las mujeres en la vida personal y en la vida social (en el espacio de lo íntimo, en el ámbito de lo doméstico y en la esfera de lo público) (Arconada y Lomas, 2003).

Para Sanmartín (2000) la cultura juega, un papel fundamental en la configuración del ser humano como pacífico o como violento. Por lo que según él no hay violencia, si no hay cultura. La violencia no es un producto de la evolución biológica, de la bioevolución, como se dice frecuentemente. Es un resultado de la evolución cultural, de la llamada en sentido amplio tecnoevolución, porque la técnica ha jugado un papel decisivo en la configuración de la cultura. La violencia, a pesar de que ha estado ligada al proceso evolutivo que ha conducido a la aparición del ser humano en la tierra, no es tanto un proceso evolutivo natural cuanto una evolución cultural, artificial, que tiene al ser humano como sujeto agente y paciente a la vez. Pero aunque la violencia haya sido parte del proceso evolutivo del varón no significa que tenga justificación y que hayamos de aceptarla como una conducta inevitable. Por lo que quizás, para poder prevenirla, se podría empezar por cambiar los aspectos de la cultura que, la motivan.

Con respecto a esto último Ramírez (2004), señala que el varón sólo se siente motivado para cambiar cuando no encuentra apoyo para seguir siendo violento. Si su cultura lo apoya para resolver los problemas en una forma cooperativa, es obvio que recurrirá a esos medios en lugar de a la violencia. Especialmente, si su conducta violenta es reprobada como una forma de interacción y participación en el grupo; entonces es muy probable que prefiera no usarla, al darse cuenta de que no le funciona. Es claro que la propuesta debe estar basada en la posibilidad de que realmente existan culturas que no apoyen la violencia hacia la mujer y en especial a la violencia en general.

Es así que dentro los aspectos sociales y culturales, se tiene a los medios de comunicación y a la educación escolarizada como dos importantes factores de aprendizaje de la conducta violenta, ya que por ellos se adquiere parte de los significados, conocimientos y comportamientos que el ser humano utiliza en la convivencia diaria con la gente que lo rodea.

3.5.3.1 Medios de comunicación

En las últimas décadas asistimos al espectáculo cotidiano de la opulencia comunicativa de los mensajes de la cultura de masas. Una lluvia inevitable e interminable de series y de concursos televisivos, de videoclips, de películas y de anuncios exhibe a todas horas formas verbales y visuales de una indudable eficacia comunicativa e invita a consumir fragmentos de esa otra realidad que construyen y difunden los diversos relatos de la persuasión (y de la seducción) a gran escala. Los mensajes de los medios de comunicación de masas y de la publicidad invaden espectacularmente cada instante de nuestras vidas con su parafernalia de textos y de contextos y ejercen ese acto de poder que consiste en hacer visibles unas realidades en detrimento de otras que son invisibles a los ojos de muchos que se asoman a la ventana electrónica del televisor. En esa visión y versión del mundo que nos ofrecen los medios de comunicación de masas y la publicidad encontramos a menudo, según (Arconada y Lomas, 1999):

- ⊗ **Las estrategias de la información:** la voluntad de hacer saber.
- ⊗ **Las estrategias de la persuasión:** la voluntad de hacer creer.
- ⊗ **Las estrategias de la manipulación:** la voluntad de hacer parecer verdad.
- ⊗ **Las estrategias de la emoción:** la voluntad de hacer sentir.

De este modo, los textos de los medios de comunicación de masas y de la

publicidad no sólo hablan de la realidad, sino que, a la vez construyen formas concretas de entender y de actuar en esa realidad (Alsina, 1989; en Arconada y Lomas, Op. Cit). Con el pretexto de reflejar lo real, las industrias de la realidad proponen (y en ocasiones imponen) maneras de interpretar el mundo y lo que en él acontece. Por ello, como subrayan las teorías sobre la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1968; citados en Arconada y Lomas, 1999), conviene saber cómo la televisión y la publicidad afectan a las ideas y a los sentimientos que las personas tienen sobre el mundo y sobre los demás, desde la hipótesis de que estas industrias de la conciencia son capaces de orientar la opinión de las audiencias mediante la exhibición selectiva y fragmentaria de la información y el énfasis en algunos aspectos de la realidad y la ocultación de otros. Porque al seleccionar y difundir a gran escala un conocimiento compartido del mundo, los medios de comunicación de masas contribuyen de una manera eficaz a la construcción de la identidad cultural y a la socialización de las personas.

Los medios de comunicación de masas y la publicidad constituyen una enorme fábrica de sueños que influyen de una manera eficaz -aunque a menudo inconsciente- en las creencias, en las emociones, en los sentimientos, en las conductas sociales y sexuales y en consecuencia en la identidad personal y cultural de las mujeres y de los varones en nuestras sociedades. Así, en el macrodiscurso publicitario parece defenderse la hipótesis de que la mujer está destinada a perpetuar la especie, mientras que el varón estaría destinado a hacer progresar a la humanidad, a detentar la autoridad y el poder, a la vez que a garantizar el saber y el conocimiento especializado sobre las cosas. Cuando se pretende comunicar la verdad objetiva, los argumentos de la razón y el saber científico, es casi siempre masculina, incluso en productos habitual o específicamente utilizados por la mujer. Las representaciones mayoritarias de la mujer en la publicidad difunden a gran escala una idea de la esencia femenina obligatoriamente asociada a la maternidad, a las tareas domésticas, al deseo del varón, a la compra caprichosa y a la obsesión por la belleza.

La sociedad de consumo impone una misma lógica de estereotipación a varones y mujeres, (aparecen en consecuencia el consumidor compulsivo, el Homo cosmeticus, el varón-objeto, la mujer agresiva y con ambición de poder...) y un uso sistemático de cuerpos objetualizados de varones y de mujeres como signos polisémicos, a la vez que evita localizar las escenas de los anuncios en los ámbitos tradicionalmente denunciados como sexistas. Predominantemente, el varón es representado en acciones en espacios públicos que lo relacionan con su misión de agente del cambio y del progreso social en el mundo. Desde la fantasía épica de los héroes solitarios en espacios naturales al reflejo de su dinamismo deportivo, desde el trabajo cotidiano en el campo hasta el amplio estudio del profesional liberal, los varones parecen necesitar vastos escenarios para mostrar la esencia de su personalidad. En la publicidad el varón es casi siempre representado con el arquetipo del éxito: lo mejor para el varón es el trabajo, la competencia, el reconocimiento social a través del ascenso laboral, el triunfo en el espacio público. Si a menudo la mujer es representada en la soledad de su casa, al varón lo vemos en su empresa, en la soledad de la toma de las decisiones trascendentales y en la responsabilidad del trabajo hasta altas horas de la noche.

De esta forma, vemos cómo la publicidad ha educado a los varones como triunfadores en potencia, como personas que han de volcar todo su potencial de desarrollo en el mundo de lo público. Las referencias a otras esferas de su personalidad son mínimas, pues apenas tienen relación con sus hijas y como todo mundo compartido con sus hijos varones tienen el deporte (otra escuela para formar líderes y celebrar éxitos), la informática (como rito iniciativo al privilegiado mundo racional y profesional que le aguarda) y los automóviles (símbolo por antonomasia del triunfo social al que ha de ser proyectado para la figura paterna). Algunas madres publicitarias se convierten en madres nutricias de sus hijos varones y, con abundancia de primeros planos especialmente expresivos, proyectan en sus bebés un ideal de varón fuerte, por lo que la mirada de

aprobación estará asegurada cuando se produzca alguna hazaña física, algún éxito académico o algún posterior triunfo profesional. Además, cuando este hijo crece, no aumenta sin embargo en la misma proporción su anatomía con respecto a la madre, por lo que en el universo publicitario es frecuente encontrar escenas en las que las madres se ocupan de la intendencia doméstica de sus jóvenes hijos ya emancipados. Al fin y al cabo, se está asentando la idea de que ese ámbito no es adecuado para el varón, por lo que la presencia materna (al igual que la de la esposa), en él mismo, es completamente necesaria para facilitarle el desarrollo de su verdadera esencia: el triunfo profesional y el poder asociado a él. En resumen, el éxito en el ámbito de lo público, en ese ámbito que ha sido, y aún sigue siendo, un privilegio de los varones (Arconada y Lomas, Op. Cit).

Frente a ello, la representación publicitaria de la mujer en el trabajo sigue asignando a ésta puestos más acordes con una supuesta condición de mujer. El trabajo, por tanto, no se muestra todavía como una vía para lograr la plena autonomía personal, sino como otra posibilidad añadida de desarrollar su esencia femenina. Por ello se le siguen asignado oficios asociados al ámbito doméstico o la imagen corporal (diseñadora, decoradora, modista, peluquera...) o con las tareas del hogar y del cuidado de los enfermos. Es también frecuente la asignación de puestos secundarios a las órdenes de un varón al que ella asiste (secretaria, dependienta...). Aunque es cierto que de un tiempo a esta parte, en las escenas de los anuncios habita también una mujer triunfadora en el mundo laboral (ejecutiva, médica, arquitecta, abogada...) pero este arquetipo está siendo mediatizado, en su representación publicitaria, por una serie de preconceptos sobre la esencia femenina. Esta mujer triunfadora es siempre hermosa, pulcra y cautivadora. Suele estar rodeada de varios varones, subordinados suyos en la empresa, que la admiran aunque intencionadamente se construye la ambigüedad de que lo hagan por su talento o por sus características físicas. Por eso, se construye la idea de que el éxito profesional es una secuela de su atractivo personal, pues la belleza es en consecuencia una condición necesaria para

incorporarse con ciertas garantías al mundo laboral. La representación iconográfica de esta mujer triunfadora relaciona a ésta con los objetos, actitudes y vestuarios del varón de éxito (coches, trajes-chaqueta...), lo que muestra, también en la representación publicitaria, la incorporación de la mujer al paradigma masculino y el modo en que es observada en las escenas de los anuncios (a través de una mirada casi siempre masculina) (Arconada y Lomas, 1999).

Por lo que a partir de lo que los medios de comunicación transmiten a las personas, surge la necesidad de una esfera de conocimientos específica y autónoma en la teoría y en la práctica pedagógica que favorezca el estudio en las aulas del lugar que ocupan los medios de comunicación de masas y la publicidad en las sociedades, y de los efectos de este tipo específico de mensajes en las personas y en sus modos de percibir el mundo. Porque el conocimiento que difunden a gran escala los textos de los medios de comunicación de masas y de la publicidad es inmediato, fragmentario y heterogéneo. Al contrario de lo que ocurre con el conocimiento escolar, cuya adquisición es continúa, lineal y jerarquizada. Y porque se trata de textos complejos cuya lectura exige un tipo de competencias específicas sin cuyo dominio hoy es muy difícil ejercer el derecho de las personas a una interpretación crítica de estos mensajes.

Si el objetivo esencial de la educación es “el proporcionar a los niños y a las niñas, a los jóvenes de uno y otro sexo, una formación plena que les permita conformar su propia identidad, así como construir una concepción de la realidad que integre a la vez el conocimiento y la valoración ética y moral, conviene no olvidar que la educación comparte con otras instancias sociales la transmisión de información y de conocimientos, por lo que el análisis de los textos de los medios de comunicación de masas y de la publicidad adquiere importancia porque a través de los textos que se producen en este ámbito los ciudadanos amplían su conocimiento del mundo, al tiempo que reciben valoraciones y aportaciones ideológicas. Facilitar al adolescente la comprensión de este discurso y desarrollar

en él actitudes críticas contribuirá a que en la vida adulta pueda estar en contacto de manera autónoma con una importante fuente de conocimientos sobre el mundo que le rodea" (Jaidar, 1997; p. 134).

En este sentido no conviene olvidar que el niño y el adolescente están constantemente, a causa de sus propias incertidumbres, buscando modelos y orientaciones. La publicidad explota esa necesidad de orientación e intenta satisfacerla con falsos ejemplos de sustitución. El lenguaje de la publicidad aparece entonces como el ejemplo por antonomasia de los efectos estudiados por las teorías de la identificación y de la proyección: las personas son seducidas por el universo ético y estético de los anuncios y el intercambio comunicativo no concluye en el despertar de hábitos de consumo sino en una especie de viaje al interior de cada uno y cada una. Nuestra opción educativa en torno a la publicidad, partiendo de su función como herramienta de construcción de formas de vida en el ámbito personal y colectivo, se interesa por la influencia de la publicidad en la construcción de la identidad sexual y cultural de las personas y en la relación de unas y otros. Por lo que hay que indagar hasta qué punto la publicidad ha admitido ya la distinción sexo/género o sigue definiendo el determinismo biológico y cultural que asigna automáticamente unos determinados papeles sociales a las mujeres y a los varones. Así como también destacar fundamentalmente el efecto socializador de los medios de comunicación en la transmisión de modelos e imágenes que estimulan y refuerzan la violencia. Es decir, se trata de identificar cómo la publicidad describe, sustenta y perpetúa intencionadamente determinadas formas y estilos de vida que varones y mujeres deben imitar en el ámbito interpersonal y social.

En este contexto, unas posturas defienden que la publicidad simplemente refleja las características de la sociedad; otras denuncian que los anuncios difunden estereotipos sexistas, tanto femeninos como masculinos, que limitan el horizonte de desarrollo personal y social de mujeres y varones. Además, esta

actitud crítica subraya la prioridad jerárquica otorgada por la publicidad al estatus masculino, por lo que el progreso de las mujeres está asociado a la incorporación de la mujer a un modelo masculino, es decir, a la aceptación de las reglas del juego de una sociedad andrócentrica y no a un equilibrio cualitativo entre los valores femeninos y masculinos, orientado al concepto metateórico del ser humano como sujeto sexual e históricamente constituido. Desde la asunción de este planteamiento crítico, la más eficaz defensa para corregir los efectos de los modelos femeninos y masculinos a seguir, transmitidos de manera publicitaria, es invertir en educación revalorizando la dimensión ética de la persona y enseñando a leer críticamente los mensajes obvios y ocultos de la publicidad, de modo que el alumnado pueda establecer sus propios valores y afianzar su personalidad con independencia de los estereotipos de varón y mujer que difunde y subraya la publicidad. Sólo de esta forma se podrá aspirar a que unas y otros se inserten de una forma crítica en la sociedad en la que les ha tocado vivir y sean capaces de construir juntos un futuro, tanto individual como social, que eluda las coerciones socialmente construidas que determinan la discriminación y la desigualdad de las mujeres y los varones (Jaidar, Op. Cit).

Es así, que los medios de comunicación masiva crean cultura y la modifican con gran rapidez, debido a que tienen un público que pasa horas escuchando y viendo su programación. Por lo que estos medios se pueden usar para cambiar estas formas colusivas y empezar a dar información a la población sobre cómo evitar la violencia en el hogar. Pueden poner anuncios permanentes de información con teléfonos de agencias y grupos de apoyo, para que las personas tengan alternativas. Los medios pueden dar cabida a programas de análisis con personas expertas en el tema y también pueden establecer una programación sin violencia (Ramírez, 2004).

También podrían usarse precisamente para modificar los estereotipos de género tradicional, como ya empieza a ocurrir: modelos varones haciendo labores

domésticas y criando a los hijos, y mujeres en trabajos profesionales desarrollando actividades que implican responsabilidad, esto facilitaría que tanto varones como mujeres logren establecer realmente una equidad no solo de palabra sino también de hecho. Y que a pesar de la evidente lentitud en la evolución de los estereotipos masculinos y femeninos en el lenguaje y en los escenarios de la cultura de masas, es justo reconocer que en ningún otro momento de la historia de la humanidad se ha logrado un mayor consenso en lo que se refiere a la justicia de las luchas por la igualdad entre los sexos y a la idea de que la equidad entre mujeres y varones no es sólo un objetivo ineludible de la vindicación feminista, sino también un horizonte con el que los varones deben comprometerse. Avanzamos hacia una mayor flexibilidad de los estereotipos sexuales, incontestablemente cuestionados como referentes únicos de identificación y de construcción de las identidades femeninas y masculinas. Hoy ya no puede afirmarse que ser femenina consista en inhibir la ambición y la inteligencia y en obsesionarse por conquistar y exhibir el mayor grado de belleza posible a la búsqueda y captura del varón ideal. De igual manera, cada vez es más difícil afirmar que ser varón consista en inhibir los sentimientos, en obsesionarse por conquistar y ejercer el poder y en seducir a las mujeres a diestro y siniestro (Arconada y Lomas, 2003).

En vez de definir su masculinidad en oposición a las características sexuales y socioculturales de las mujeres, según Arconada y Lomas (2003) los varones deberían ser conscientes de la desigual e injusta distribución de tareas y de poder que les ha sido asignada y renunciar a seguir disfrutando de los privilegios del patriarcado social y doméstico. Los varones deben responsabilizarse de las opciones que vayan adoptando en la construcción de sus identidades. Unos evolucionarán hacia el individualismo más exacerbado, otros intentarán emanciparse de los corsés del androcentrismo cultural a través de las actitudes, de las ideologías y de las acciones que han favorecido la crisis de la masculinidad tradicional. Unos optarán por acotar con claridad el espacio de su masculinidad convencional; otros, por el contrario, sustituirán la búsqueda a

ultranza de una esencia arquetípica de lo masculino por la identificación con algunas de las diversas y plurales maneras de ser varones. En cualquier caso, los varones deberían implicarse en la búsqueda de referentes éticos alternativos a la masculinidad tradicional, como la equidad entre los géneros, la ética del cuidado de las personas, la justicia doméstica... que vayan favoreciendo la construcción de una sociedad más justa y más solidaria entre mujeres y varones, a la construcción de identidades femeninas y masculinas que favorezcan el derecho a la diferencia sexual, así como a la igualdad de derechos y deberes entre unas y otros.

3.5.3.2 Educación escolarizada

La estructura social también hace que la educación que se obtiene desde la infancia repercuta en nuestra información, fijando en los niños la creencia de que las mujeres no son tan valiosas como los varones, y estos mensajes influyen de forma muy directa en un alto porcentaje de mujeres víctimas de violencia doméstica, ya que ellas llegaron a pensar que sus necesidades, e incluso sus vidas, no son tan importantes como las necesidades de sus hijos o maridos. La educación es un factor de progreso y fuente de oportunidades para el bienestar individual y colectivo, ya que repercute en la calidad de vida, en la equidad social, en las normas y prácticas de la convivencia humana, en la vitalidad de los sistemas democráticos y en los estándares del bienestar material de las naciones; influye en el desarrollo afectivo, cívico y social, y en la capacidad y creatividad de las personas y de las comunidades. La educación, en suma, afecta la capacidad y la potencialidad de las personas y de las sociedades, determina su preparación y es el fundamento de su confianza para enfrentar el futuro. Pese a la actual discriminación que por razones de género se viene dando, la equidad social y educativa y el mayor acceso al conocimiento son dos retos entrelazados para potenciar la inteligencia colectiva, por lo que es necesario fomentar el aprendizaje y la formación permanente de todo, si se aspira asegurar un avance, sin perder la cohesión social en tomo a los valores y las costumbres que caracterizan

positivamente, ya que es evidente que la educación es, tal vez, la mayor fuente preventiva en cuanto a violencia se refiere.

Pero la educación hasta ahora no ha reconocido los problemas de género como algo que es necesario estudiar y trabajar. Los papeles diferenciados entre varones y mujeres se replican en los sistemas educativos a todos niveles. Desde la educación más temprana se inculca a las personas la pertenencia a un género con sus expectativas limitantes de conducta y pensamiento. Los planes de estudio necesitan entonces cambiar y adoptar una sensibilización para que no se establezcan expectativas de género y se promueven tanto a mujeres como a varones con igualdad. Dentro de estos planes de estudio, es necesario dar información sobre la violencia intrafamiliar y el abuso sexual. Estos temas siguen siendo un tabú, pero mientras no existan herramientas de análisis que ayuden a los y las estudiantes a entender su realidad, éstos continuarán siendo víctimas fáciles debido a su falta de experiencia y de elementos para analizar y comprender su situación (Ramírez, 2004).

En el contexto de la investigación educativa, el estudio Askew y Ross (1991; citado en Lomas, 2003) se detiene en el análisis de las formas mediante las cuales las escuelas anglosajonas contribuyen a la creación de cierta “atmósfera masculina”. En su opinión, estas escuelas perpetúan los valores e ideologías dominantes y “esos valores y esas ideologías son los de los varones blancos de clase media. Los chicos aprenden a identificarse con el grupo dominante y con su sistema de creencias, que recompensa los logros competitivos e individualistas en lugar de la colaboración colectiva. Ello tiene implicaciones claras en la socialización y en la educación de los chicos” (p. 23). En algunas investigaciones educativas se insiste en que los fracasos escolares, el ausentismo escolar, los suicidios y las agresiones en los centros escolares son mayoritariamente masculinos, por lo que se plantea la conveniencia de impulsar desde el ámbito escolar tanto una actitud crítica ante las conductas violentas y sexistas de algunos

chicos como una serie de acciones pedagógicas orientadas a fomentar otras maneras de entender y de vivir su identidad masculina en la convicción de que los cambios en las vidas de las mujeres deben ir acompañados por cambios en profundidad en las conductas y en los valores de los varones.

Es así que algunos esfuerzos están ya siendo implementados, por ejemplo, en países europeos, como España, en donde ya se aprobó la ley que suprimirá la educación sexista, pues desde la educación primaria, los planes de estudios deberán incluir la materia de género, igualdad y equidad. Esperamos que en un corto plazo en México se adopte esta perspectiva en el plan de estudio de todas las instituciones educativas desde nivel básico.

3.6 Estadísticas de denuncias sobre mujeres y varones violentos

Pese que actualmente existe casi una plena igualdad en cuanto a los derechos y responsabilidades que por cuestión de género se pueden armonizar, Carbonell (2002) menciona que la realidad social nos demuestra que aún siguen existiendo situaciones que discriminan a las mujeres. De acuerdo con algunos estudios realizados al respecto, se siguen cometiendo diversos delitos contra las mujeres, incluyendo, entre otros, el homicidio y la violación, los cuales han sido condenados con penas inferiores a la media al apreciar algún tipo de atenuantes, entre los que destacan el arrebató, la excitación, la senilidad, el alcoholismo o la depresión. Asimismo, existen otros estudios detallados que llevan a afirmar que el tratamiento judicial en los casos en los que la agresora es mujer y las víctimas son varones, no sólo no se apreciaban atenuantes, sino que, aparte, en un considerable porcentaje, fueron consideradas concurrencias de diversas agravantes, por lo que las penas impuestas fueron mayores.

Pimentel (1997; en Jaidar, 1997), refiere que en la legislación mexicana la violencia está caracterizada por la agresión verbal, física y psicológica que se

ejerce en el hogar a cualquier miembro de la familia. En el Distrito Federal, según datos del Centro de Atención a la Violencia intrafamiliar (CAVI), en los últimos seis meses hubo 7591 casos de los cuales 3152 fueron denunciados por tratarse de un problema de violencia sistemática: de 2485 personas agredidas, el 90 por ciento fueron mujeres. La Procuraduría General de Justicia del D.F. a su vez informó que recibió 1718 denuncias por delitos sexuales, de los cuales la violación ocupa el primer lugar con 961 víctimas (43 por ciento), el 90 por ciento fueron mujeres. Aunque hay un incremento de denuncias por este tipo de delitos, la cifra de personas agredidas no ha disminuido en términos reales, asimismo se piensa que muchos no son denunciados por existir algún tipo de parentesco entre agresor y víctima. De los casos denunciados, el 38 por ciento el agresor fue el padre. La violencia forma parte de la familia pero cuando cuenta con la complicidad social e institucional deviene en impunidad. Pero esta situación no es privativa de México; a nivel mundial se registran cifras similares.

Clare (2000) menciona que en el mundo en vías de desarrollo la violencia de los varones contra las mujeres alcanza una proporción del 19 por ciento y sigue aumentando. Vivan en el mundo desarrollado o en vías de desarrollo, algunas mujeres corren el riesgo constante, persistente, y en algunos lugares creciente, de ser víctimas de la violencia masculina. Gran parte de esta violencia tiene lugar en el hogar. La violación y la agresión sexual se encuentran entre las formas más comunes, y a menudo más graves de maltrato físico de mujeres por parte de varones. Sin embargo “en enero de 1999, el Ministerio del Interior del Reino Unido publicó un estudio de investigación titulado “*Violencia Doméstica*” que acaparó la atención de los medios de comunicación. Lo que adquirió mayor resonancia fue el hallazgo de que los varones son víctimas cada vez más de la violencia doméstica. El estudio comunicaba unos 6.6 millones de incidentes de ataques cada año igualmente distribuidos entre los sexos. En la cobertura informativa que siguió a la publicación del informe se dedicó un espacio considerable a la opinión de los varones sobre la creciente asertividad de las mujeres, la distancia cada vez más corta entre la violencia masculina y la femenina y los peligros que afrontan los

varones en el hogar a manos de sus parejas. Lo que recibió menos atención fue el hecho de que la misma investigación revelaba que la gravedad de la violencia era muy distinta. Era doblemente probable que las mujeres sufrieran daños y mucho más probable que los ataques se repitieran. También era menos probable que su situación económica les permitiera abandonar una relación tan violenta" (Clare, 2000; p. 68).

“Un cuidadoso estudio epidemiológico de un grupo de neozelandeses de 21 años indica que las mujeres jóvenes se están volviendo más agresivas en el hogar: el 37 por ciento de las mujeres y el 22 por ciento de los varones dijeron haber empezado a actuar de un modo agresivo. El 18 por ciento de las mujeres, pero sólo un 5.7 por ciento de los varones, habían iniciado acciones agresivas graves. Lo que lleva a muchas personas a considerar que esos varones gravemente agresivos se desviaron en diversas medidas psiquiátricas y sociales asociadas, en tanto que las mujeres sumamente agresivas son normales en todas las demás medidas. Estos datos ponen en tela de juicio los supuestos tradicionales sobre la violencia doméstica, pero los resultados, según el psicólogo Charles Snowden (en Clare, Op. Cit), se pueden explicar en función de las normas y convenciones sociales...” p. (69). A muchos de los varones se les educa para que no sean agresivos con las mujeres y saben que lo más probable es que sean procesados por los tribunales si actúan agresivamente. En cambio las mujeres no tienen estas restricciones y la sociedad y el sistema legal las considerará menos responsables, por lo que resulta irónico que en una época en la que el matrimonio está en decadencia, acusado por sus detractores de institucionalizar y favorecer la violencia doméstica y cada vez más cometida por ambos sexos, la cantidad creciente de mujeres y varones que denuncian violencia doméstica refleja que los vínculos en el seno de las relaciones domésticas se están debilitando.

Aunque la “violencia doméstica” remite a la idea de la mujer como víctima principal y del varón como su agresor, es momento de reconocer que también existen varones victimizados a manos de sus parejas, sean estas homo, hetero, o

bisexuales. Es así que el paulatino crecimiento en las cifras, en las que las agresiones entre la pareja por un lado, y las dirigidas hacia al varón por el otro, van en aumento, debido, al menos en parte, con la transformación de los roles de género estereotipado que está provocando, a su vez, una redefinición en la posición de los varones y las mujeres frente al mundo.

Es así que aunque algunas escritoras se preocupan más que nada por la recuperación de víctimas femeninas, admiten que hay un tabú respecto de hablar acerca del abuso perpetrado por mujeres. Ellen Basss y Laura Davis (en Kipnis, 1993) citan estudios anteriores que indican que al menos el 20% de los perpetradores que abusan de los niños son mujeres y que hay un número de niñas que fueron víctimas de sus niñeras. Concluyen que las mujeres en verdad abusan, y si no se hace algo al respecto, nunca se verá una cura. Además, estudios más recientes indican que tanto como el 47% de las víctimas de abuso sexual son varones, y que de ese número, aproximadamente un tercio fueron víctimas de mujeres. Los varones están condicionados a pensar que, si una mujer mayor que ellos los seduce en su niñez o adolescencia, tienen suerte, por lo que los varones son renuentes a hablar de ese problema. Admitir esa herida no los hace sentirse muy valientes. Aun así, requiere de un verdadero heroísmo romper el hechizo que el abuso de menores ha lanzado sobre muchos de ellos, dejando de negarlo y admitiendo que en verdad los lastimó de muchas maneras.

Otro campo en el cual las necesidades de los varones han sido a menudo desconsideradas por la sociedad es aquella de los millones de varones que son víctimas de violencia cada año. Gran parte del aumento de la conciencia pública con respecto a este problema importante ha sido en virtud de los esfuerzos dedicados por activistas feministas. La violencia hacia las mujeres se cita muchas veces como un aspecto de la opresión y la desigualdad de las mujeres. Lo que parece haber sido pasado por alto es que los varones también son las víctimas principales de la violencia en nuestra cultura: los varones integran el 80% de todas

las víctimas de homicidios, son víctimas de alrededor del 70% de todos los robos, y el 70% de todas las otras víctimas de asaltos graves. Hasta la violación, que se considera principalmente como un crimen contra las mujeres, victimiza a varones encarcelados en números que se comparan o exceden a aquellos de las mujeres en libertad. Estas estadísticas han sido ignoradas, y abren las heridas de los varones al hacer que su persecución parezca menos importante que la de las mujeres. Los varones mueren de todo tipo de causas en un promedio de nueve años antes que las mujeres. Aunque la muerte nos llega a todos, es una realidad actual en la mente de un varón que sabe que es él, en su papel de defensor de mujeres y niños en un momento de peligro, quien se espera que muera en primer lugar si es necesario. La violencia contra los varones es una forma de entretenimiento en nuestra cultura, como por ejemplo, el boxeo, el fútbol, el jockey y el automovilismo a menudo presentan como atracción especial a varones, mutilados y hasta muertos.

Como se observa el desconocimiento de la violencia hacia el varón por parte de la sociedad, como por ejemplo en nuestro país (México), no existen instituciones especializadas en el maltrato hacia el varón o en violencia femenina. Este desconocimiento puede deberse por una parte a que no se cree que existan mujeres que puedan atacar a los varones y por otra parte a que aquellos varones que han sido agredidos por la mujer no denuncian esta violencia, ya sea porque esté en juego su masculinidad o porque no la consideren como violencia. Y tal desconocimiento trae consigo un nulo apoyo social por parte de las instituciones, los hospitales, organismos judiciales, familia, etc. El hecho de que al varón siempre se le haya visto como “agresor universal” es lo que hace que en lugar de recibir apoyo por parte de las instituciones mencionadas, sean culpados injustamente. Por lo que es probable que la mayoría de los varones que son víctimas de violencia por parte de su pareja, no se atrevan a exteriorizar esa experiencia, lo cual facilita que éste se siga perpetrando.

Esta problemática se ve favorecida principalmente por la creencia social de que el varón por naturaleza es el más fuerte físicamente y autoritario, etc. Mientras que a la mujer se le ha considerado de naturaleza débil, suave, pasiva... Otro factor que refuerza el aislamiento masculino es el movimiento feminista de los 60's y 70's, que criticaban los estereotipos sociales fundamentados en el patriarcado y el machismo como prácticas que alentaban al varón a perpetrar su poder en forma de violencia en contra de la mujer. Esta postura fue la que colocó al varón en el papel de eterno agresor y a la mujer en el de eterna víctima.

Por lo que dado lo anterior cabe preguntarse qué alternativas pueden plantearse en relación a este problema. Una de las más importantes es el establecimiento de relaciones igualitarias varón-mujer, para lo cual es necesario que se eliminen los estereotipos de género tradicionales, así como también los estereotipos feministas que han hecho ver al varón como el agresor exclusivo y a la mujer como la única víctima.

En cuanto a romper con los estereotipos de género, tanto varones como mujeres, han propuesto alternativas que permiten establecer relaciones igualitarias. Pero el mayor interés es el de revisar la propuesta realizada por algunos varones llamada "nueva masculinidad", que como su nombre lo indica replantea lo que significa ser varón. Es así que tomando en cuenta la propuesta de una redefinición de la masculinidad, la búsqueda de la igualdad y la abolición de los estereotipos de género -entre otros- los varones tendrán más facilidad para poder hablar y compartir sus experiencias de maltrato, y cuando sean escuchadas las voces de los varones que han sido violentados, el fenómeno de la violencia hacia el género masculino podrá tomarse en serio, podrá ser reconocido por la sociedad y esto permitirá la creación de alternativas más poderosas para la solución del conflicto.

Capítulo 4. Hacia nuevas masculinidades

El presente capítulo tiene como objetivo dar a conocer cómo algunos varones han empezado a redefinir su masculinidad. Muchos grupos de varones se han dado cuenta de que es importante que lleven a cabo una resignificación de sus identidades y roles, ya que a muchos el papel tradicional no los ha dejado desarrollarse como mejores seres humanos, así como también porque están reflexionando acerca de que si uno de los géneros está cambiando, es necesario que el otro también cambie para que pueda haber un avance y entonces poder lograr la equidad entre varones y mujeres.

La ocultación de las diferencias entre varones y mujeres en el contexto de una visión androcéntrica del mundo ha sido objeto en los últimos años de una acción teórica y política inestimable por parte del movimiento feminista. Nombrar y entender el mundo en femenino ha construido el punto de partida de las indagaciones feministas y de la vindicación del derecho de las mujeres a entenderlo sin las anteojeras de esa mirada masculina sobre las cosas que usurpa la contemplación de un universo que también es femenino y plural. En la misma dirección, hacer visibles las masculinidades y convertirlas en objeto de estudio constituye una tarea urgente si se desea combatir el espejismo de que lo femenino y lo masculino son categorías innatas y universales, y si se desea entender de una vez por todas que la feminidad y la masculinidad son construcciones sociales de carácter cultural e histórico. El auge del feminismo en las sociedades occidentales y su crítica al discurso y a los efectos del patriarcado han traído consigo en los últimos tiempos cierta crisis de la masculinidad. Mientras la feminidad ha contado con un movimiento reivindicativo asociado a la promoción específica de las mujeres, el de la nueva masculinidad, por simetría, se ha asociado a una pérdida relativa de poder. Según Killman (2001; citado en Lomas, 2003) es esencial impulsar el compromiso de los varones contra la masculinidad tradicional y a favor de la igualdad entre los géneros, ya que la implicación de las mujeres en la vida

pública es tan importante como la implicación de los varones en la vida familiar y doméstica.

Es así, que la definición de lo que es ser varón está en duda hoy más que nunca. Muchos varones se cuestionan su identidad, así como los papeles tradicionales que les han asignado. Para muchos, se trata de un período de incertidumbre, cargado de angustia. Se cuestiona también la unicidad de lo que constituye su esencia: la virilidad. Se empieza a hablar de masculinidad en plural, y no en singular (Badinter, 1994; citado en Lomas, 2003).

La mayoría de los varones de los países occidentales, sin distinción de edad ni de recursos económicos, todavía son víctimas de una conspiración de silencio: la que ellos mismos mantienen respecto de lo que significa hoy ser varón masculino. Afortunadamente, no existe una definición absoluta, irrevocable, de cómo serlo. Es parte de esa determinación genérica y de la relatividad de todo lo que nos rodea el que cada uno indague en sus necesidades concretas y emocionales, hasta encontrar las características que mejor le convengan (Kreimer, 1993).

Por su parte Bonino (en Lomas, 2003), señala que desde los últimos veinte años se está impulsando por parte de los varones de varios países occidentales desarrollados (en especial los escandinavos, Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Canadá, Francia y España), una serie de actividades organizadas, luchas y reivindicaciones que tienen la masculinidad como tema principal. Casi ninguna de estas prácticas considera la masculinidad como algo garantizado natural, sino algo que hay que transformar o conservar, que hay que defender o por lo que hay que luchar. Todas intentan dar respuesta a las preguntas ¿qué es ser un varón hoy?, ¿y qué derechos les corresponden a los varones hoy? Y todas también, directa o indirectamente, intentan ser una respuesta al desafío que suponen los avances y cambios de las mujeres y el feminismo, y lo que sucede

con los varones norteamericanos y europeos de principio de milenio –activistas o no de la masculinidad- ante el cambio de las mujeres. De este panorama que da lugar a múltiples manifestaciones, se pueden destacar dos hechos significativos.

Primero, algunos varones se están agrupando -individual y socialmente- en algunas posiciones en relación con el cambio de las mujeres:

- ω La posición a favor del cambio, con una propuesta de trato igualitario que supone entender que también los varones deben realizar cambios.
- ω La posición a favor del cambio, pero con aceptación utilitarista o delegando en las mujeres toda iniciativa e interviniendo los roles tradicionales.
- ω La posición ambivalente al predominio favorable o de indiferencia ante el cambio, mientras dichos cambios femeninos no cuestionen derechos masculinos o roles adquiridos, ni le creen demasiadas contradicciones. Pueden apoyar los cambios a nivel público, pero sin implicarse demasiado en lo interpersonal cotidiano.
- ω La posición en contra o ambivalente en relación con dichos cambios, puesto que atentan contra la natural relación entre mujeres y varones o su natural distribución en los espacios público y privado.

El segundo hecho significativo es que, desde una perspectiva relacional, se observa que cada varón –o grupo de varones- realiza ante las mujeres que luchan por la igualdad, acciones específicas, diferenciadas y coherentes con su adscripción a una determinada posición de aquéllos. Estas acciones son movimientos vitales de respuesta que se producen en varias direcciones dentro

los ejes acercamiento/alejamiento, reconocimiento/rechazo y dominación/subordinación. Según la posición asumida, estos movimientos son:

- ① Acercamiento, reconocimiento y alianza con intercambio cooperativo, desde una óptica igualitaria de búsqueda de un bienestar compartido.
- ② Acercamiento, reconocimiento y alianza parciales, con un intercambio utilitario o desconfiado frente al “poder” femenino.
- ③ Acercamiento y reconocimiento con pasivización masculina.
- ④ Alejamiento con separatismo, perplejidad inmovilizante, aislamiento o refugio en el mundo masculino y en la búsqueda del bienestar individual.
- ⑤ Rechazo, tentativa de subordinación y confrontación.

Si se observan los dos hechos descritos previamente valorándolos desde una ética de la justicia y el respeto de género, se puede observar que solamente la primera posición –a favor del cambio- y su movimiento correspondiente de acercamiento desde la óptica del bienestar compartido son valorables, en tanto se sostienen en el paradigma de la igualdad. Se trata de una posición innovadora y de un movimiento de cambio progresista y deseable sostenido por la esperanza de que la relación entre sujetos iguales y relacionados en paz reemplace a los vínculos varón sujeto/mujer objeto, propios de la cultura patriarcal. Las otras respuestas, en cambio, se sustentan en las creencias tradicionales sobre las desigualdades en el vínculo entre los géneros y, por tanto, son posiciones conservadoras y movimientos de refuerzo del *statu quo* genérico o de cambio retrógrado, que desde la óptica propuesta son rechazables y no deseables.

Según se puede apreciar, estas últimas respuestas aún son mayoritarias entre los varones, y el número de éstos que individual o socialmente y en tanto tales se mueven hacia la igualdad, es pequeño. Y no es infrecuente que algunos

de estos últimos no hagan por iniciativa propia su movimiento de cambio igualitario, sino que lo hagan como reacción, no al cambio sino a la presión femenina.

Según Bonino (en Lomas, 2003), para que los varones cambien hacia la igualdad deberán:

- Ψ Permitirse ser disidentes de la masculinidad tradicional.
- Ψ No temerle al cambio y practicarlo.
- Ψ Deslegitimar el uso monopólico de los derechos “masculinos” que algunos varones se resisten a ceder.
- Ψ Crear y desarrollar deseos de cambio para la igualdad, nuevos ideales, nuevas identidades no rígidas –inclusivas y no excluyentes-, nuevos intereses no patriarcales que tengan en cuenta el bienestar y el desarrollo compartido.
- Ψ Saber que los cambios no se hacen “por decreto”, sino que requieren un proceso al cual muchos varones no son afectos.
- Ψ Saber que el cambio no puede ser de comportamiento, sino de posición existencial, que supone nuevos modos de situarse ante la realidad de la relación entre géneros.
- Ψ Y finalmente, tener conciencia de que el comienzo del cambio no garantiza su continuidad. Que aún queda mucho por hacer y que en lo personal se requiere siempre una continua vigilancia para distanciarse de la masculinidad tradicional, y no repetir hábitos desiguales para que el discurso no se disocie de la práctica.

Como se observa, es muy difícil que la realización de estas tareas se produzca y se sostenga sólo desde voluntarismos y cambios individuales. Para que sea posible será necesario desarrollar estrategias grupales, sociales y políticas que ayuden a los varones a hacerlo permitiéndoles apoyarse en algunos

valores distintos – o redefinidos- a los de la masculinidad tradicional, sin que pierdan ante sí mismos su propio valor como varón-persona. Y para lograrlo, el modo óptimo debería ser diseñar políticas que estimulen esos deseos, contribuyan a crear nuevos ideales, favorezcan nuevas prácticas y apoyen la producción y la promoción del cambio masculino. Es imprescindible, por otra parte, generar espacios como grupos de reflexión, cursos y jornadas sobre la condición masculina, donde los varones puedan explorar nuevos roles, sus sentimientos contradictorios hacia las mujeres, sus dificultades para el cambio y desarrollar su capacidad empática y cuidadora. Donde puedan desactivar la idea de que la lucha por la igualdad deben protagonizarla sólo las mujeres, como si ellos fueran ajenos a ese problema.

Por lo que mientras algunos grupos masculinos se forman porque no quieren tener problemas afectivos con sus parejas, existen otros grupos guiados por objetivos más intelectuales y preocupados por abrir sus horizontes, asumir la filosofía, la metodología y los proyectos políticos del feminismo, también hay otros grupos de varones que surgen en la idea de la misoginia ancestral, cuyo objetivo es fortalecerla y combatir al feminismo. Estos últimos se ocupan de su propio dolor y haciendo recriminaciones por el daño hecho a algunos varones. Poniendo como pretexto que las nuevas generaciones de varones han sido educados por mujeres que odiaban a los varones y que son feministas, y que la reconstrucción de esas masculinidades blandas por unas masculinidades duras solo puede hacerse posible estando en la cercanía de otros varones (Cazés, 2002).

Se trata, entonces, de generar un cambio social que libere indistintamente a varones y mujeres de la asignación de roles sociales tradicionales que imponen el dominio de un género sobre otro. La solución estará determinada por la capacidad de los sectores críticos de la sociedad moderna para generar un nuevo cambio cultural que establezca nuevas identidades genéricas. Así se entienden los movimientos sociales de varones que buscan la construcción de nuevas

identidades masculinas en Estados Unidos, Europa y, ahora, en América Latina (Montesinos, 2002).

Concretamente en México, han surgido en los últimos años grupos de varones que se han preocupado por la condición masculina que se vive en esta época, aunque algunos de ellos han tenido sus propias motivaciones y propósitos, otros se han formado partiendo de las confrontaciones de las ideas y de las prácticas feministas. Según Cazés (Ibidem), unas veces las conforman varones que han tenido conversaciones o escuchado el discurso de las mujeres, ya sean amigas, novias, madres, hermanas, colegas de trabajo, esposas, hijas... quienes les plantean de manera muy explícita que sus ideas deben cambiar, así como sus relaciones, y que deben llegar a una igualdad verdadera.

Ya que como sugiere Ramírez (en Montesinos, 2002):

“La ideología masculina también oprime a los varones [que] al reproducirla cotidianamente se convierten en sus propios opresores. Como resultado de dichos procesos se empiezan a gestar movimientos de varones para reflexionar sobre sus masculinidades y se problematiza la posibilidad de construir una nueva masculinidad que no esté construida a base del poder, la competencia y la dominación”... p. (112). Existen barreras que les imponen y se imponen. Barreras que impiden la muestra de cariño entre padres e hijos. Que impiden la intimidad entre varones. Que hacen que un acto tan humano como llorar no les esté permitido. La masculinidad requiere la represión de una amplia gama de necesidades, sentimientos y formas de expresión humanas. Y empobrece sus relaciones con otros varones, con las mujeres, y con ellos mismos (Callirgos; en Lomas, 2003)

Pero el problema no son las nuevas ideas sino el peso de las viejas, el de los estereotipos de superioridad. Muchos varones crecieron con padres que les

hicieron creer en esa superioridad, amigos que los respetaron, instituciones que los oficializaban como la única manera de ser varones. ¡Hasta mujeres que los estimulaban! Los tienen muy arraigados en el tejido secreto de su identidad genérica. Tienden a no cuestionarlo. Hacen como si en las últimas décadas los roles atribuidos a varones y mujeres hubieran permanecido quietos y el sexo siguiera determinando una jerarquía social. Al mismo tiempo, se intenta crecer en hogares, trabajos, sociedades donde el avance femenino –y de lo femenino- determina nuevas pautas de convivencia (Kreimer, 1993).

La demanda de una nueva configuración para la identidad genérica de los varones los agobia por momentos. Algunos varones coinciden en dos tendencias: sentirse desarticulados e inadecuados para responder a las expectativas – las tradicionales sumadas a las nuevas- de su rol tiende a bloquearlos más que a movilizarlos, y su universo interno, que no pueden compartir con nadie se convierte en patología: las estadísticas sobre varones que enferman y mueren prematuramente delatan ese espacio de soledad a la par de otros hábitos disfuncionales. A las mujeres les resulta más natural confiarse de sus sentimientos: se apoyan más fácilmente, se escuchan... Pero ¿Cuántos varones se animan a llorar o mostrar el sufrimiento frente a otros varones? Nadie les dijo antes que el cuerpo emocional del varón también necesita ser activado por otro varón, u otros varones; no sólo por mujeres. Pero no se trata de una amenaza al poder viril, ni de una derrota al patriarcado, ni de una inversión de su masculinidad, ni de una mengua en su capacidad de ser varones, sino de una resignificación liberadora de ese super-yo que los hace creer superiores, y obliga, si quieren ser varones, a asumir roles predeterminados, basados fundamentalmente en la desigualdad (Kreimer, Op. Cit).

Si algunos varones han aprendido a reflexionar sobre las diferencias entre las mujeres, también pueden aprender a considerar diversas masculinidades. Pero del mismo modo que las mujeres, han descubierto la libertad para explorar sus

propios deseos y necesidades, distanciándose de los juicios y evaluaciones de una masculinidad dominante, los varones también necesitan tomarse su tiempo y su espacio para explorar las formas de masculinidad que han heredado. Ésta es la tarea de los varones, definir las masculinidades particulares que han desarrollado para poder tenerlas en cuenta. Puede ser una tarea difícil de llevar a cabo en un período de incertidumbre, cuando los prototipos tradicionales de la masculinidad, estructurados en términos que describen a los varones como “los que se ganan el pan” y los “proveedores” se han venido abajo. Frecuentemente los varones sienten que deberán “controlar” su propia experiencia, ya que admitir su incertidumbre podría amenazar a su identidad masculina. Los varones aprenden a reservarse sus propias ansiedades y miedos a la hora de proyectar una determinada imagen pública de sí mismos. A veces esa aflicción interior puede crecer en la medida en que a los varones les persigue un miedo que, de mostrarlo, seguramente serían marginados. La rabia puede volverse contra uno mismo y ello se refleja en el alto número de suicidios de varones jóvenes. Resulta más fácil acabar con la propia vida que dejar que los demás constaten tu desesperación.

En la medida en que los varones aprendan a mostrar más abiertamente su vulnerabilidad, aprenderán también a reconocer que esto no es un signo de debilidad, sino una muestra de valor. Cuando los varones aprendan a ser responsables íntimos de sus relaciones con cualquiera de los dos sexos, aprenderán qué es lo que les importa en la vida y a apreciar el amor mientras luchan por una mayor justicia en las relaciones entre los géneros en el contexto de una sociedad más democrática y a favor de la igualdad (Seidler; en Lomas, 2003).

Un punto por el que pueden empezar los varones para definir nuevas masculinidades, es desde el ejercicio de la paternidad. El camino de la transición voluntaria de la situación tradicional a la de padres del nuevo siglo sigue una etapa crítica, contradictoria y difícil, en la que priva la sensación de exceso de trabajo, inseguridad e ignorancia, e incluso el hartarse de haber aceptado cumplir

obligaciones y tareas que pueden evitarse sin grandes reproches, donde algunos varones viven esta etapa como un compromiso, como una exigencia por parte de la pareja, donde el varón acepta para tener satisfecha a su mujer y conservar la familia. Pero también existen varones de cuyas vidas desapareció desde hace tiempo o nunca existió la actitud de ayuda y que viven como propias las responsabilidades, las obligaciones y las tareas domésticas y de la paternidad. Y esto los ha llevado a descubrir algunas de las satisfacciones y placeres antes desconocidos que proporciona el librarse de ciertas cargas del desiderátum patriarcal (Cázes, 2002).

Pero no basta con concebir, organizar y ejercer la paternidad, hay que crear espacios nuevos y estímulos creativos para la exploración y el descubrimiento de sus propias paternidades en proceso de transformación. Por tanto el principio básico para nuevas masculinidades consiste en definir la opresión patriarcal, enumerar los privilegios de género a los que están sometidos y a los cuales estén dispuestos a renunciar y decidir cuándo y cómo renunciarán a ellos. Llegar a ser conscientes de sus propias heridas, del dolor, el aislamiento, la aflicción, la opresión, la ira y la frustración. Entonces podrán curar cualquier vergüenza que puedan acarrear compartiendo ese conocimiento con otros.

Aunque muchas de las heridas de los varones han sido inflingidas a sí mismos, otras han sido creadas por el rechazo, el abuso, la ignorancia o la indiferencia de otros varones. Pero si examinan esas heridas descubrirán que algunas de ellas también son causadas por mujeres. A menudo estas dejan un tipo de marca en ellos. Si observamos debajo de la persona del varón fuerte se hace aparente mucha opresión en casi todos los campos de la vida de un varón. Su propia imagen masculina predominante es dura, fuerte, optimista, fría y superior. El endurecimiento deliberado de los muchachos comienza en general inmediatamente después del nacimiento.

Montagu (en Kipnis, 1993), cita un número de estudios que indican que los niños en Estados Unidos reciben menos actos demostrativos de afecto por parte de las madres que las niñas, y que son menos acariciados. Esta puede ser una de las razones por la cual los varones son más cerrados en lo que respecta al tacto que las mujeres. En Estados Unidos hoy parece existir una actitud según la cual los niños no necesitan ni merecen el mismo grado de nutrición, seguridad, intimidad, amor y apoyo a los cuales las niñas están autorizadas. Las expectativas de un papel rígido y arquetípico para cada sexo pueden ser dañinas de igual modo para el desarrollo completo de la personalidad. A los varones siempre se les dijo que eran fuertes y duros y, por lo tanto, se esperaba que llevaran a cabo tareas más heroicas, peligrosas y difíciles.

Los varones a menudo no son tan fuertes o tan aventajados biológicamente como las mujeres, mucho menos superiores que ellas, como les han dicho a todos. Es más probable que los niños padezcan de una variedad de defectos de nacimiento, que sean más propensos a la esquizofrenia, la cual se está entendiendo cada vez más como un desorden del cerebro predispuesto genéticamente. También padecen una alta incidencia de retraso mental. Hay alrededor de doscientas enfermedades genéticas que afectan solamente a los niños, incluyendo las formas más severas de distrofia muscular y hemofilia. Todos han sido entrenados para aceptar un rango estrecho de comportamientos preferidos para varones. Así que ahora están tratando de desarrollar estas actitudes acerca del amor, el trabajo y las relaciones en primer lugar. Necesitan desarrollar nuevas relaciones para muchos de los problemas básicos que han afrontado en su juventud. Se han dado cuenta de que el empuje para tener éxito a cualquier precio era la voz de su padre, no la suya. La mayoría de los varones ni siquiera pueden tener la fantasía de perseguir sus sueños sagrados y están encerrados en la necesidad obligada de proveer los medios de supervivencia diaria para ellos y sus familias. Hasta en esta época edad de la tan llamada igualdad, los varones todavía proveen la mayor parte de los ingresos para la

familia media. Algunos estudios indican que tanto como el 80% de los trabajadores de nuestra cultura sienten que su trabajo es vacío y opresivo. Además, muchos varones han olvidado cómo jugar en su tiempo libre, cómo recrearse (Kipnis, Op. Cit).

Muchos de los problemas de salud físicos y mentales de los varones todavía emanan de sus intentos descaminados por mantenerlos fieles al ideal irreal y anacrónico de masculinidad. En su búsqueda de la cura y la exploración continua del alma masculina, los caballeros comienzan a hablar de sus experiencias, tanto positivas como negativas, al buscar la ayuda de profesionales de la salud mental y física en las cuales los varones realmente corren más riesgo que las mujeres (Kipnis, 1993).

Los varones necesitan comenzar a crear foros para curar las heridas antiguas entre los sexos en una atmósfera protegida con dependencia mutua, respeto y buena voluntad. Sin advertirlo, el movimiento femenino liberó a los varones de algunas de las cargas que han estado llevando en lo que respecta al papel del sexo masculino. Asimismo, el trabajo que realicen los varones, también apoyará a las mujeres que entran en una nueva era de igualdad y comunidad con los varones. En este caso el objetivo de las terapias desde la perspectiva de género apunta a desnaturalizar los comportamientos de los géneros, por tanto no se debe descubrir la “verdadera” masculinidad, sino desmitificar las verdades que circulan y ubicarlas en su lugar histórico, ayudando a los varones a no quedar presos en una identidad, y por tanto quedar más disponibles para nuevas formas de relación intra e intergénero y consigo mismos (Bonino; en Montesinos, 2002).

Por tanto, los grupos de apoyo (Anexos 1 y 2) masculinos deben permitir que los varones hablen de sus sentimientos, de sus relaciones con otros para poder enfrentarse a los desafíos futuros, se requiere volver a construir una imagen completa de ellos mismos. Deben cambiar, no porque las mujeres lo demanden,

sino porque sus vidas están insatisfechas, limitadas, forzadas y circunscritas por modelos restrictivos de masculinidad que no les sirven a muchos de ellos (Corsi, 1994). Mientras los varones tratan de imaginar nuevas formas de ser varones, parece importante tener algo de la imagen hacia la que se están dirigiendo. De otro modo se pueden cortar porciones de ellos mismos que son esenciales para su desarrollo. Se pueden perder o descartar ciertas habilidades que tal vez no tengan una utilidad aparente en el momento, pero podrían ser esenciales en otra época de su vidas (Kipnis, 1993).

Aunque existen pocos varones que están reaccionando a los cambios de las mujeres generando en sí mismos cambios orientados hacia el trato igualitario y la consideración de las mujeres como sujetos con iguales derechos con quienes se puede y se debe compartir las responsabilidades domésticas, el trabajo y el poder, los discursos de la igualdad van siendo adoptados como oficiales por muchos sectores sociales. Por lo menos de manera consciente, aunque esto no signifique que la igualdad esté necesariamente presente en la realidad cotidiana.

Hoy los varones conocen mejor los problemas y las demandas de las mujeres, y muchas de las aportaciones de los movimientos feministas y de las ciencias sociales sobre el tema han trascendido los ámbitos académicos y ganado un espacio social importante. Con todas las limitaciones, deben reconocer que las mujeres han ido ganando espacios en terrenos antes considerados exclusivamente masculinos. Pero, además de conocer las demandas elaboradas por mujeres y sobre las mujeres, necesitan conocer las necesidades y las realidades de los varones, como la imposibilidad de expresar sentimientos, la sensación de incompreensión, o los derroteros de su identidad, por ejemplo. La tarea de hacer un mundo más humano, más justo e igualitario compete a ambos géneros ya que ambos pierden en un mundo que limita sus potencialidades.



Y aunque ambos (varones y mujeres) tienen un largo camino que recorrer, no necesitan esperar a que la sociedad se reorganice para ser más sensible a sus necesidades. Cada uno tiene el poder individual de crear su propia identidad y nuevos comportamientos dirigidos a nuevas relaciones más respetuosas y equitativas, que sean satisfactorias para ambos.

Conclusiones

La violencia se ha convertido en un hecho cotidiano, natural, trivial, con una insignificancia que reclama en nuestras ideas y sentimientos la normalización que da la costumbre y lo tradicionalmente inevitable.

Muchos varones de México, Latinoamérica, y el mundo entero han aprendido a usar la violencia como forma de enfrentar las diferencias y conflictos en la vida cotidiana; las consecuencias de ello son graves para las mujeres y para los varones mismos. Sin embargo, cuando los varones ejercen la violencia, no necesariamente piensan que es un acto impactante de abuso de poder y causa de dolor, sino algo confuso y justificable para sus creencias de lo que significa ser un hombre, que también es como han aceptado a valorarse como personas.

El hecho de que la mayoría de los actos violentos sean ejecutados por varones lleva a considerar que existe una clara conexión entre el género de la persona violenta y su violencia, es decir, las características de la masculinidad tradicional están relacionadas con el potencial de violencia del individuo. Por lo que en la presente tesis se abordó el tema sobre cómo la masculinidad tradicional influye sobre el varón violento, cuyo objetivo fue llevar a cabo una revisión teórica que permitió analizar y reflexionar acerca de si el aprendizaje y la adhesión a una masculinidad tradicional constituyen un factor de riesgo que lleva a algunos varones a ejercer la violencia hacia los demás. Este objetivo se cumplió y para ello fue necesario abordar los temas de género, masculinidad tradicional y violencia.

El capítulo de género nos permitió dar a conocer que en nuestra sociedad existe todavía una desigualdad entre los géneros femenino y masculino, que se expresa en prescripciones muy fijas y estereotipadas de cómo ser varón o mujer, madre o padre, con asignaciones de valor, de jerarquía, estatus y poder de cada uno. Tradicionalmente se define a las mujeres como sostenedoras de lo emocional

o de lo afectivo, de lo doméstico, de lo irracional, dependientes y pasivas... Mientras que los varones son vistos como los sostenedores económicos de la familia, los racionales, los poseedores de la iniciativa sexual, los capacitados para tomar las grandes decisiones, los exitosos, los dominantes, etcétera.

En este aprendizaje confluyen intereses sociales, culturales, políticos, económicos y hasta muchas instituciones educativas promueven los roles tradicionales de desigualdad que les son impuestos tanto al niño como a la niña. Algunas de estas instituciones buscan su propio beneficio y del país, otras quizás el beneficio del mismo hombre. Pero el ejercicio de estas conductas ha llevado a muchos varones al deterioro de su salud ya que muchas veces tienen que aguantar enormes presiones, pues tienen que aprender a identificarse con una ausencia de necesidades emocionales y por lo tanto a centrar su vida en torno a las exigencias del trabajo, que es uno de los pilares en donde supuestamente se construye la identidad masculina. Algunos varones suelen experimentar tensión entre lo que quisieran para sí mismos y lo que la cultura les atribuye como necesidades. Parte de esta tensión se ha expresado como ir más allá de la teoría tradicional de los roles, es decir, la idea de un papel social fijo al que muchos varones se han de conformar si no quieren que se piense que su comportamiento es desviado o anormal.

Esto nos lleva a que dentro de las características de rol estereotipado que más perjudica a la sociedad y a la familia es la violencia, que se presenta como manifestación básica de la masculinidad tradicional, que desafortunadamente, es un aspecto que se relaciona con la fuerza, la virilidad y el dominio sobre el otro, actitudes que todo varón, para ser considerado masculino, se supone debe poseer.

El hecho de que los varones recurran a la violencia, está en relación con una educación tradicional de género y con los estereotipos y demandas sociales de lo masculino. Y aunque en el mundo en vías de desarrollo la violencia de los varones contra las mujeres alcanza una proporción del 19 por ciento y sigue aumentando, también habría que tomar en cuenta que millones de varones también son víctimas de violencia cada año en nuestra cultura, en lo que se refiere a los homicidios, robos, y asaltos graves, hasta la violación, que se considera principalmente como un crimen contra las mujeres. Estas estadísticas han sido ignoradas, y abren las heridas de los varones al hacer que su reconocimiento parezca menos importante que la de las mujeres.

El desconocimiento de la violencia hacia el varón por parte de la sociedad lleva a que, por ejemplo, en nuestro país (México), no existan instituciones especializadas en el maltrato hacia el varón o en violencia masculina. Tal desconocimiento trae consigo un nulo apoyo social por parte de las instituciones, los hospitales, organismos judiciales, familia, etc. El hecho de que al varón siempre se le haya visto como “agresor universal” es lo que hace que en lugar de recibir apoyo sean estigmatizados injustamente.

Por lo anterior, al preguntarse qué alternativas pueden plantearse en relación a este fenómeno, se llega a que una de las más importantes es el establecimiento de relaciones igualitarias varón-mujer, para lo cual el primer paso parece ser el que se eliminen los estereotipos de género tradicionales. Esto nos conduce a analizar la propuesta realizada por algunos varones y mujeres llamada “nuevas masculinidades”, que como su nombre lo indica, replantea las diferentes posibilidades del significado de ser varón. Reconstruir la masculinidad conlleva explicitar el coste y la alienación que viven los varones en las relaciones con sus congéneres, varones y mujeres; ya que lejos de determinismos biológicos, una gran puerta está abierta, porque si la masculinidad se construye, también se

puede reconstruir de manera crítica y reflexiva. Asimismo los varones tendrán más facilidad para poder hablar y compartir sus experiencias con las mujeres, y cuando sean escuchadas las voces de los varones que han sido violentados, el fenómeno de la violencia hacia el género masculino también podrá tomarse en serio, podrá ser reconocido por la sociedad y esto permitirá la creación de alternativas conjuntas más poderosas que facilitan relaciones más igualitarias.

Dentro de esta resignificación de la masculinidad, las terapias desde la perspectiva de género pueden ser de gran ayuda, ya que apuntan a desnaturalizar los comportamientos de los géneros, por tanto no se debe descubrir la “verdadera” masculinidad, sino desmitificar las verdades que circulan y ubicarlas en su lugar histórico, ayudando a los varones a no quedar presos en una identidad, y por tanto a quedar más disponibles para nuevas formas de relación intra e intergénero y consigo mismos, ya que la tarea de hacer un mundo más humano, más justo e igualitario compete a ambos géneros, pues todos pierden en un mundo que limita sus potencialidades.

El conocer acerca de los factores que inciden en los varones violentos nos abre camino para poder desarrollar programas concretos para su prevención, en este caso la presente tesis proporciona esa información al llevar a cabo una revisión teórica sobre cómo el aprendizaje de la masculinidad tradicional que por tanto tiempo ha influido en la vida de muchos varones y al mismo tiempo en la de muchas mujeres, nos da la pauta para tomar conciencia del tipo de identidad masculina que se ha desarrollado en los hijos, hermanos, amigos, esposos, etc. El darnos cuenta de ello permite reflexionar sobre el por qué de su comportamiento violento, sin que se trate de justificarlo, y el preguntarnos, ¿cómo hubieran querido ser educados los varones en cuanto a la forma de ser masculinos? nos lleva a la posibilidad de encontrar soluciones alternativas.

Es por ello que tanto varones como mujeres debemos atender de manera inmediata a este problema, y aunque no podemos de un momento a otro cambiar estas formas de ser que hemos tenido en nuestro aprendizaje desde que nacemos y que se han dado de generación en generación, si podemos empezar a trabajarlo en lo privado, de manera individual, empezando por nosotros mismos, nuestra pareja y nuestra familia, y generalizarlo en lo posible a la esfera pública.

En este reglón, la sociedad a través de sus instituciones, debería ser capaz de proveer las políticas conducentes a la equidad y al respeto entre los géneros.

Referencias bibliográficas

Arconada, M. y Lomas, C. (1999). "Mujer y publicidad: de la diferencia a la desigualdad. En: C. Lomas (com.) Iguales o diferentes: género diferencia sexual, lenguaje y educación. (113-154). España: Paidós.

Arconada, M. y Lomas C. (2003). "La construcción de la masculinidad en el lenguaje y en la publicidad". En: C. Lomas (com.) Todos los hombres son iguales: identidades masculinas y cambios sociales. (145-201). España: Paidós.

Arellano, C. J. y Torres, H. H. (1994). La representación social de la violación en adultos de ambos sexos. Tesis de Licenciatura en Psicología, FES Iztacala, UNAM. México.

Badinter, E. (1993). XY la identidad masculina. España: Alianza.

Benítez, M. J. C. y Martínez, Q. K. (2000). Un estudio teórico de la violencia hacia el género masculino. Tesis de Licenciatura en Psicología, FES Iztacala, UNAM. México.

Bonino, M. L. (2003). "Los hombres y la igualdad con las mujeres". En: C. Lomas (com.) Todos los hombres son iguales: identidades masculinas y cambios sociales. (105-142). España: Paidós.

Bourque, S.; Conway, J. y Scott, J. (2003). El Concepto de Género. En: Lamas, M. (Ed.) El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual. México: Porrúa. p.p. (21-33).

Braidotti, R. (2000). Sujetos nómadas. Buenos Aires: Paidós.

Cabral, E. B. y García, T. C. (1999). "Socioantropología de la violencia de género". Revista La Ventana, 10. 160-183.

Callirgos, J. (2003). "¿El otoño del patriarca?". En: C. Lomas (com.) Todos los hombres son iguales: identidades masculinas y cambios sociales. (213-220). España: Paidós.

Carabí, A. y Segarra, M. (2000). Nuevas Masculinidades. Barcelona: Icaria.

Carbonell, R. (2002). La violencia familiar y los derechos humanos. México: CNDH.

Cazés, D. (2002). ¿Y los hombres qué? Hombres por la igualdad. En: http://hombresigualdad.com/daniel_cazes_meridiam.htm

Celedón, B. R. (2004 octubre). Familia del siglo XXI: un desafío para la masculinidad. En: <http://www.ecovisiones.cl/revista/3/masculinidad.pdf>.

Clare, A. (2000). Hombres: la masculinidad en crisis. España: Taurus.

Connell, R. W. (2003). Masculinidades. México: PUEG.

Corsi, J. (1994). Violencia familiar: una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social. Buenos Aires: Paidós.

Cruz, I.; Hernández, L.; Medina, A. y Mino, F. (2002). ¿Cómo se hace un hombre? En: http://www.ahige.org/lista_art.php?wcodigo=50025

Hernández, H. M. (1997). El desarrollo del género en la infancia: casas de cuidado diario como espacio formativo. Tesis de Licenciatura en Psicología, FES Iztacala, UNAM. México.

Izquierdo, M. J. (1994). "Uso y Abuso del concepto de género". En: M, Villanova (com.) Pensar las diferencias. Universidad de Barcelona.

Jaidar, I. (1997). Tiempos violentos. México: UAM, Unidad Xochimilco.

Jiménez, C. M y Viagra, T. (2002). Género, sexo y discurso. Madrid: Laberinto.

Kipnis, A. R. (1993). Los príncipes que no son azules. Argentina: Vergara

Kreimer, J. (1993). El varón sagrado: El surgimiento de la nueva masculinidad. Buenos Aires: Planeta.

Lagarde, M. (1996). Género y feminismo. Madrid: Horas y horas.

Lamas, M. (1996). El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual. México: Porrúa.

Lomas, C. (2003). "Masculino, femenino y plural". En: C. Lomas (com.) Todos los hombres son iguales: identidades masculinas y cambios sociales. (11-27). España: Paidós.

López, S. E. (2002). Los significados de la violencia y el poder, conceptos clave de la masculinidad tradicional. Tesis de Licenciatura en Psicología, FES Iztacala, UNAM, México.

Montesinos R. (2002). Las rutas de la masculinidad. Barcelona: Gedisa.

Mosqueda, G.A. (2002). ¿Qué implica que los hombres reflexionemos sobre nuestra forma de vivir la masculinidad tradicional? Hombres por la igualdad. En: http://www.hombresigualdad.com/colectivo_pta_negra.htm.

Olavarría, A. J. (2001). Varones: Identidades y violencia. Chile: FLACSO.

Ramírez, H. F. (2004). Violencia masculina en el hogar. México: Pax México.

Sanmartín, J. (2000). La violencia y sus claves. Barcelona: Ariel.

Seidler, V. (2000). La sin razón masculina. México: Paidós.

Seidler, V. (2003). "Transformando las masculinidades". En: C. Lomas (com.) Todos los hombres son iguales: identidades masculinas y cambios sociales. (205-211). España: Paidós.

S/A ¿Qué es el sexo? En: <http://www.sexoygenero.arrakis.es/>

S/A (2000 abril) Organizaciones que trabajan con hombres. Letra s. En: <http://www.jornada.unam.mx>.

S/A El sexo y el género. En: <http://www.europrofem.org/02.info/>

Trujano, R. P. (2001). "Violencia Conyugal: Cuando la víctima es el varón y la agresora su compañera". Revista de Psicoterapia y Familia, 14 (2). 29-39.



Trujano, R. P. (2002). "Masculinidad en riesgo o nueva masculinidad".
Revista del Valle de México (3). (3-15).



ANEXOS

Anexo 1

Organizaciones que trabajan con hombres

Directorio de organizaciones civiles (O.C.) que trabajan con hombres desde una perspectiva de género a través de información, investigación, talleres y programas en temas como educación de la sexualidad, salud sexual, paternidad, violencia, homofobia y prevención del VIH/sida (www.jornada.unam.mx, 2000).

Organizaciones civiles

Distrito Federal

Ave de México

Compañeros en Ayuda Voluntaria Educativa, A.C.

Tuxpan No.2-1004 y 1005

Col. Roma

06760, México, D.F.

Teléfono/Fax: 5574-5309

Correo electrónico: avedemexico@mexis.com

Cecash

Centro de Capacitación y Apoyo Sexológico Humanista, A.C.

Eje Central Lázaro Cárdenas No.491-501

Edif. Chamizal

Unidad Tlatelolco

06900, México, D.F.

Teléfono: 5583-9914

Fax: 5583-7120

Correo electrónico: vmvictor@prodigy.net.mx

CCCCOH

Comisión Ciudadana Contra Crímenes de Odio por Homofobia

Canarias No.45

Col. San Simón Ticumac

03660, México, D.F.

Teléfono/Fax: 5532-2751

Correo electrónico: ccccoh@laneta.apc.org

Coriac

Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A.C.

Matías Romero No.1353-2

Col. Vértiz Narvarte

03600, México, D.F.

Teléfono: 5604-1178

Fax: 5604-1178

Correo electrónico: cor@laneta.apc.org

Demysex

Democracia y Sexualidad, A.C.

Amores No.1756

Col. Del Valle

09100, México, D.F.

Teléfono/Fax: 5524-9496

Correo electrónico: demysex@laneta.apc.org

Letra S, Salud, Sexualidad y Sida

Canarias No.45

Col. San Simón

03660, México, D.F.

Teléfono/Fax: 5532-2751

Correo electrónico: letrassida@laneta.apc.org



Jóvenes Gays por una Comunicación Asertiva

Canarias No.45

Col. San Simón

3660, México, D.F.

Teléfono/Fax: 5532-2751

Correo electrónico: jovenletras@laneta.apc.org

Proyecto de Derechos Sexuales

"Ollinhuitzicalli"

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Iztapalapa

Av. Michoacán s/n

Col. Vicentina

09000, México D.F.

Teléfono: (044)2185-3617

Correo electrónico: oll@hotmail.com

Estados de la República

Aguascalientes

Hombre Contemporáneo

Fray Bartolomé de las Casas No.404

Col. La estación 2000

Aguascalientes, Ags.

Teléfono: (4)916-4621

Correo electrónico: hom_cont@hotmail.com

Coahuila

Hombres Nuevos de la Laguna

Av. Oasis No.261



Frac. El Oasis
27294, Torreón, Coah.
Teléfono: (17)30-4807

Chiapas

Chiltak, A.C.

Colectivo "La puerta negra"

Av. Tuxtla No.33
Barrio El Cerrillo
San Cristóbal de Las Casas, Chis.
Teléfono: (967)8-8117 / Fax: (967)8-8117

Formación y Capacitación, A.C.

Colectivo de hombres "La puerta negra"

María Delfina Flores No.23
San Cristóbal de Las Casas, Chis.
Teléfono: (967)8-1209
Fax: (967)8-1209
Correo electrónico: foc@sancristobal.podernet.com.mx

Chihuahua

Programas Compañeros A.C.

López Mateos No.848 sur
32330, Cd. Juárez, Chih.
Teléfono: (16)11-3792
Fax: (16)13-0257
Correo electrónico: pcompa@prodigy.net.mx

Durango

Centro Kariel, A.C.

Salvador Nava No.1129 Ote.

Col. Real del Prado

34000, Durango, Dgo.

Teléfono: (18)17-2639

Fax: (18)14-0739

Correo electrónico: karielmlrg@yahoo.com

Estado de México

Codesex

Colectivo de Mujeres y Hombres por los Derechos Sexuales

Churubusco No.9

Col. Metropolitana 3ra. Sección

57750, Cd. Nezahualcóyotl, Edo. Méx.

Teléfono: 5793-2880

Fax: 5793-2880

Correo electrónico: mexilhui@prodigy.net.com

Jalisco

Homo Sapiens Sapiens A.C.

Fermín Riestra No.1175

Col. Moderna II

44190, Guadalajara, Jal.

Teléfono: (3)658-4210

Fax: (3)658-4210

Correo electrónico: alfgue@prodigy.net.mx

Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario, A.C.

Pino No.2237

Col. Del Fresno

44900, Guadalajara, Jal.

Teléfono: (3)810-4536

Fax: (3)811-0714

Correo electrónico: imdeccom@laneta.apc.org

Michoacán

Centro de Capacitación para el Desarrollo Integral A.C.

Paseo del Nogal No.554

Frac. Prados Verdes. Morelia, Mich.

Teléfono: (43)327-3849

Fax: (43)316-5589

Correo electrónico: loba@mail.giga.com

CEMIF "Vasco de Quiroga", A.C.

Centro Michoacano de Investigación y Formación

Lienzo Charro No.94

Col. Felix Ireta

58070, Morelia Mich.

Teléfono/Fax: (43)24-6127 / 14-7536

Correo electrónico: emacemif@mail.giga.com

Oaxaca

"Ama la Vida"/Guanxhii Guendanabani

Belisario Domínguez No.10

70000, Juchitán, Oax.

Teléfono: (971)1-1420



Fax: (971)1-2332

Correo electrónico: amarantagom@yahoo.com

Querétaro

Aquesex

Asociación Queretana de Educación para la Sexualidad, A.C.

Corregidora Norte No.75-208

Querétaro, Qro.

Teléfono: (42)224-1024

Fax: (42)224-3953

Correo electrónico: contre@sunserver.uaq.mx

Salud y Género

Teléfono: (42)14-0884

Correo electrónico: salgen@qro1.telmex.net.mx

Sonora

Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A.C.

Carretera a la Victoria km. 0.6.

Hermosillo, Son.

Teléfono: (62)80-0052 ext. 539

Fax: (62)80-0485

Correo electrónico: gnunez@cascabel.ciad.mx

Veracruz

Salud y Género

Margarita Maza de Juárez No.44

Unidad Jardín

91000, Jalapa, Ver.



Teléfono: (28)15-6553

Fax: (28)40-1138

Líneas Telefónicas de Información

Anticoncepción de emergencia

Teléfono: 01(800)363-3427

Planificatel

Teléfono: 01(800)010-3500

Diversitel

Línea de la Diversidad Sexual

Teléfono: 5574-3012

Correo electrónico: lineadeladiversidadsexual@hotmail.com

Lunes a viernes de 9:00 a 21:00 horas.

Información sobre diversidad sexual, derechos humanos, sexualidad, VIH/sida e infecciones de transmisión sexual (ITS).

CETATEL

Teléfono: 5575-5461

Ayuda en crisis en caso de violencia sexual. Las 24 horas del día. PGJDF

Denuncia de abusos sexuales en escuelas públicas/SEP

Teléfono: 5328-1060

Correo electrónico: operdgee@sep.gob.mx

De joven a joven

Teléfono: 5658-1111

Programa de orientación a adolescentes del Gobierno del DF sobre sexualidad, enfermedades de transmisión sexual (ETS) y sida, entre otros. Servicio las 24 horas, todos los días del año.

SAPTEL

Servicio de Apoyo Psicológico

Cruz Roja Mexicana

Teléfono: 5395-0660

Servicio las 24 horas del día los 365 días del año

Telsida

D.F.: 5207-4077 / 5666-7432

Resto del país: 01(800)712-0886 / 01(800)712-0889

Lunes a viernes de 9:00 a 21:30 horas

Programas de Radio

Dejemos de ser pacientes

Radio Educación 1060 AM

Lunes de 11:00 a 12:00 horas

Teléfono: 5575-0756 / 5575-0919

Conduce: Rocío Méndez Coproducción con SIPAM

Desnudo Total

XEW, 900 AM

Lunes a viernes de 23:15 a 01:00 horas

Teléfono: 5166-8900

Conduce: Anabel Ochoa

Encuentros con la Noche

Radio 13, 1290 AM

Martes a sábado de 19:00 a 21:00 horas

Teléfono: 5531-1300

Conduce: Irene Moreno



Séptimo Sentido

Radio Fórmula, 1500 AM y 103.3 FM

Lunes a viernes de 22:00 a 23:00 horas

Teléfono: 5282-1129 / 5282-1098

Conduce: Patricia Kelly

Sexualidad en tu propia voz

Radio Educación 1060 AM

Miércoles de 19:00 a 20:00 horas

Teléfono: 5575-0756 / 5575-0919

Conduce: Gabriela Granados

Anexo 2

Colectivos y entidades que están a favor del cambio y de la equidad entre los sexos, tienen un compromiso cotidiano en el trabajo con varones en torno a las identidades masculinas y una voluntad de diálogo y convergencia con el feminismo (Lomas, 2003).

Campañas y Plataformas de Acción

Campaña del Lazo Blanco en Europa (www.euowrc.org). Campaña del Lazo Blanco en Canadá “White Ribbon Campaign” (www.whiteribbon.ca/comment/).

Los objetivos de esta campaña son implicar a los varones en la lucha contra la violencia de género e impulsar una plataforma europea común de promoción de este concepto. En España, esta campaña está promovida por la Fundación Mujeres (www.fundacionmujeres.es), por el Grupo de Hombres de Sevilla (hombres@arrakis.es) y por Luis Bonino (boncov@interplanet.es).

Plataforma contra los Malos Tratos a las Mujeres (www.geocities.com/pl_malos_tratos), con la coordinación de Luis Casillas y Javier Barrios. Pretende ser un lugar de partida para la denuncia del maltrato masculino (lcasillas@inicia.es).

Entidades, Colectivos y Programas

CEGM

Centro de Estudios de Género y Masculinidades). Entidad dedicada a la promoción de programas educativos sobre masculinidades, género, sexualidades y prevención de la violencia en adolescentes (Programa ULISES).

Página web: www.masculinidades/CEGM/Ulises.

Departamento de Masculinidades de la Concejalía de Género y Salud del Ayuntamiento de Jerez (España).

Coordinado por José Ángel Lozoya, desarrolla un programa de atención a grupo de hombres, campañas contra la violencia masculina, jornadas y eventos ligados al tema... Es un ejemplo de trabajo e intervención continuada en el ámbito municipal.

Página web: www.hombresigualdad.com.

Fundación Mujeres

Coordinada por Ángeles Álvarez en el contexto del Fondo para la Prevención de la Violencia de Género.

Página web: www.fundacionmujeres.es/fondo y www.fundaciónmujeres.es/mercurio.

Correo electrónico: fondo@fundacionmujeres.es

Institut de Reinserció Social

Organización no gubernamental dedicada, entre otras actividades, a la reinserción y al tratamiento terapéutico de los hombres maltratadores. Al frente del gabinete se encuentra Antoni López y está afincado en Girona (España).

Correo electrónico: iressiog@retemail.es

Mujeres en Red

Sección "Hombres pro-feministas". Sección de la página web de Mujeres en Red dedicada a la masculinidad. Incluye mucha documentación y una biblioteca feminista con abundantes referencias sobre masculinidades.

Página web: <http://www.nodo50.org/mujeresred/hombres.htm>

Programa de Salud Reproductiva y Sociedad-COLMEX

El programa de Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México ha sido pionero en ese país a la hora de relacionar los estudios sobre las masculinidades y la salud reproductiva, abordando de una manera especial el papel del hombre en el proceso reproductivo y la paternidad presencial. Organización de formación.

Página web: www.colmex.mx

Programa PAPAI-UFPE

El objetivo del Programa PAPAI de la Universidad Federal de Pernambuco (Brasil) es unificar los esfuerzos de hombres y mujeres que trabajan con una perspectiva de género, en trono a las masculinidades en las áreas de sexualidad, salud y derechos reproductivos.

Página web: www.ufpe.br/papai

Correo electrónico: papi@npd.ufpe.br

EL PUEG

Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde su fundación en 1992, promueve y coordina en México actividades académicas con el fin de impulsar la incorporación de la perspectiva de género al trabajo académico, así como en el diseño de políticas y programas públicos. Para el PUEG, es primordial la consolidación de los estudios de género a través de la realización de investigaciones específicas que desde una perspectiva multidisciplinaria contemplen como presupuesto básico la equidad entre hombres y mujeres. Uno de los ámbitos de reflexión lo constituye el análisis

crítico de la masculinidad hegemónica y el fomento de identidades masculinas que converjan con el afán de igualdad entre mujeres y hombres.

Página web: www.pueg.unam.mx/

Correo electrónico: pueg@servidor.unam.mx

Puntos de Encuentro

Organización feminista nicaragüense pionera en el trabajo sobre masculinidades. Dentro de esta web se encuentran los materiales de la campaña “Violencia contra las mujeres: un desastre que los hombres si podemos evitar”, así como la revista *La Boletita*.

Página web: www.puntos.org.ni/

RED de Estudios de Masculinidad (FLACSO)

Iniciativa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, con sede académica en Chile, formada por personas que trabajan en la investigación sobre masculinidades y en la intervención social con grupos de hombres que provienen de distintos hábitos disciplinarios y laborales. LA red también funciona de manera virtual mediante contactos por corre electrónico con otras redes y organizaciones en torno a las masculinidades en Latinoamérica.

Página web: www.flacso.cl

Correo electrónico: redmasc@flacso.cl

Grupos de Hombres

Grupo de Hombres de Granada

Página web: www.algaraia.org

Correo electrónico: hombresgranada@canal21.com

Grupo de Hombres Jerez

Correo electrónico: hombresjerez@mixmail.com

Grupo de Hombres Sevilla

Página web: www.arrakis.es/~jcasado/hombres/

Correo electrónico: hombres@arrakis.es

Grupo de varones (Argentina)

Página web: www.grupodevarones.com/

Red de Hombres Pro-Feministas

Página web: www.menprofeminist.org

Varones (Argentina)

Página web: www.varones.com.ar/

Páginas Web

Asociación de Hombres por la Igualdad de Género

Contienen información sobre masculinidades e incluye una sección de documentos, noticias, legislaciones, enlaces, etc.

Página web: <http://www.ahige.org/>

Masculinidades.com

Portal virtual de Erick Pescador sobre masculinidades que pretende consolidarse como un punto de encuentro y de reflexión en los estudios sobre masculinidades de la comunidad Iberoamericana, con sede en Valencia y financiado por el Centro de Estudios de Género y Masculinidades (CEGM).



Página web: www.masculinidades.com

Red Europea de Hombres Pro-Feministas

Promovida por la comisión Europea dentro de las iniciativas para la igualdad de oportunidades y que reúne uno de los estudios más representativos sobre masculinidades en los diferentes idiomas europeos. Editan cada año un CD-ROM con información actualizada y un listado de direcciones.